

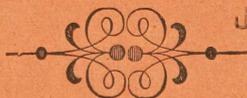
APUNTES

PARA LA HISTORIA DEL PEREGRINO PIAMONTÉS

CASIMIRO BARELLO MONLI

FALLECIDO EN ALCOY DIA 9 DE MARZO DE 1884.

LOS PRODUCTOS SE DESTINAN PARA SU PANTEÓN.



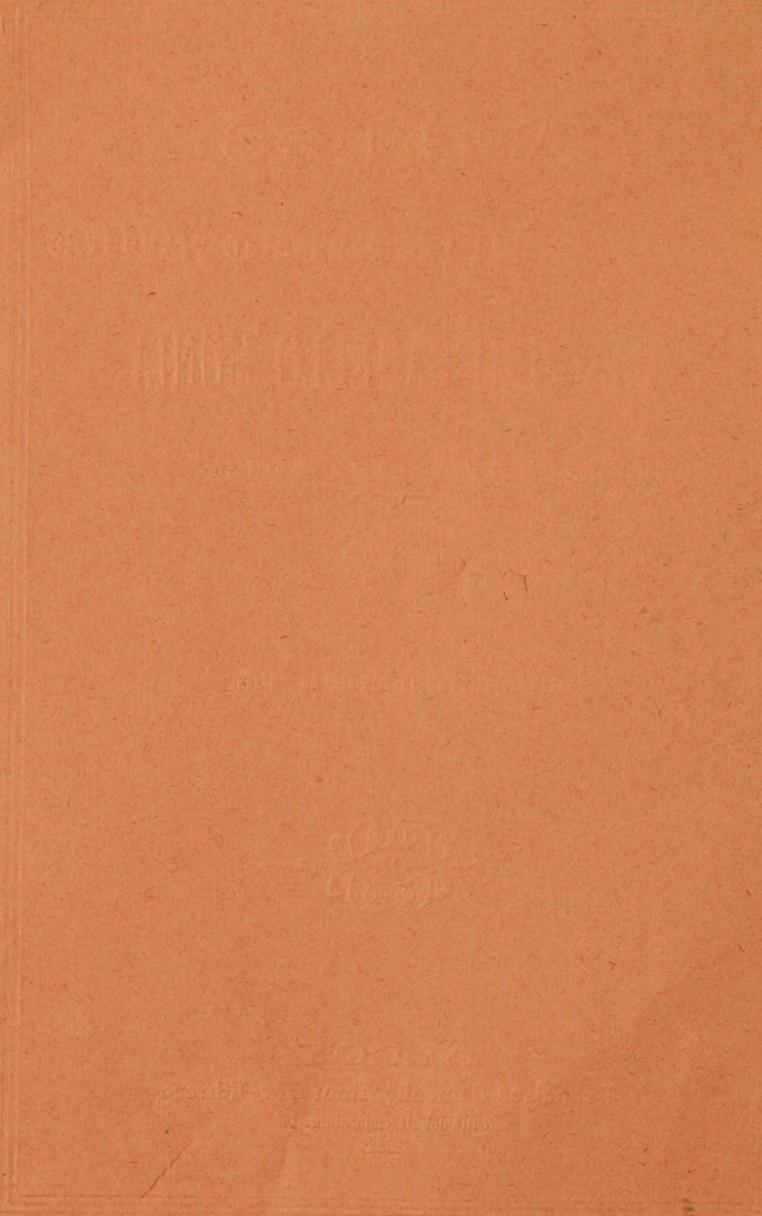
PANTEON DE CASIMIRO BARELLO.
ALCOY.
JUNTA DIRECTIVA.

ALCOY

Francisco Compañy, Impresor-Librero

calle del Mercado, núm. 17

1884.



APUNTES

PARA LA HISTORIA DEL PEREGRINO PIAMONTÉS

CASIMIRO BARELLO MONLI

FALLECIDO EN ALCOY DIA 9 DE MARZO DE 1884.



LOS PRODUCTOS SE DESTINAN PARA SU PANTEÓN.



ALCOY

Francisco Compañ, Impresor-Librero

calle del Mercado, núm. 17

1884.

El Editor se reserva los derechos
de propiedad para la reimpresión
de estos •Apuntes biográficos. •

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La general ansiedad que siente el público por conocer en todos sus detalles la vida y muerte del insigne penitente Casimiro Barello, á quien Dios llevó de esta vida á la eterna en esta ciudad de Alcoy el día 9 del presente Marzo, y la imposibilidad en que hoy se está de escribir su formal biografía, por la premura del tiempo que no dá lugar á recoger con la oportuna diligencia los datos necesarios para formarla, nos ha inspirado el pensamiento de reunir y coleccionar en un pequeño opúsculo las correspondencias y noticias que han publicado los periódicos, relativas á este héroe cristiano, en el corto período de tiempo que ha vivido en nuestro país, con el fin de que el público pueda satisfacer sus piadosos y legítimos deseos. Estas noticias y correspondencias, al paso que forman una crónica casi completa del último período de la vida del insigne penitente piamontés, tienen la singular ventaja de estar escritas bajo la impresión de los episodios maravillosos á que se refieren, ofreciendo por ello como un aroma delicado de novedad y sentimiento religioso, producido seguramente por la gracia divina, que se sirve de sucesos tales para comunicarse á las almas. Los periódicos de los cuales las copiamos, son *La Lealtad*, *La Epoca*, *El Serpis* y *La Revista de Alcoy* únicos á nuestro entender, que se han ocupado con interés y extensión en los hechos que forman el asunto del presente escrito. Posteriormente han insertado interesantes reseñas de la vida y muerte de Casimiro, *El Siglo Futuro*, *El Correo Catalan*, *La Revista Popular* y tal vez algun otro periódico.

Tal vez nos hemos permitido hacer en ellas algunas correcciones conformes con la verdad histórica (1) según nosotros la alcanzamos, cuando lo han exigido la exactitud de la narración ó la mayor claridad del concepto.

Hemos ampliado esta reseña con otras noticias que particularmente se nos han comunicado y consideramos fidedignas, con el fin de llenar algunos vacíos que ella deja en lo concerniente á la peregrinación de nuestro buen Casimiro desde Italia á España, y principalmente á su viage desde Valencia á Játiva y Alcoy, añadiendo al fin algunos pensamientos y máximas del célebre peregrino, que se nos comunican por seguro y respetable conducto y tenemos por auténticas, las cuales podrán ser consideradas como el *Espíritu de Casimiro Barello*.

Grandes lagunas sin duda quedan por llenar todavía después de nuestro pobre ensayo, en la interesantísima relación que nos ocupa; pero abrigamos la persuasión y aún la seguridad de que manos mas expertas y hábiles que las nuestras se apresurarán en breve á reunir los materiales necesarios para erigir á la memoria del admirable Casimiro Barello el primero de los monumentos que demanda á nuestra piedad y admiración: *su completa Historia*.

Y para que estos apuntes biográficos reúnan el mayor interés posible en los actuales momentos, en que todo el mundo desea conocer la efigie del célebre peregrino italiano, hemos hecho grabar en boj, y damos impreso al frente de nuestro folleto el *retrato de Casimiro Barello*.

Alcoy 31 de Marzo de 1884.

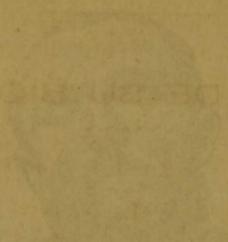
La Comisión.



CASIMIRO BARELLO MONLI.

CASIMIRO BARELLO MONLI

BOCETO DE LA BIBLIOTECA



[The text in this section is extremely faint and illegible, appearing as a series of light-colored lines and shapes.]

CASIMIRO BARELLO MONLI.

BOCETO DE SU BIOGRAFÍA.

I.

Creemos poder dar este título á las siguientes líneas que copiamos de un periódico de Madrid, no sin haberlas expurgado antes de algunas inexactitudes.

«Acaba de morir en Alcoy un hombre llamado Casimiro Barello, digno de admiración y respeto.

Era joven, de hermosa figura, rostro agraciado y barba y cabellos rubios.

Natural del Piamonte é hijo de una humilde familia, sintió desde muy niño espontánea inclinación á la Iglesia, distinguiéndose, no obstante de su corta edad, por su devoción y constante asistencia á todos los ejercicios y ceremonias del culto católico.

Ya adolescente observóse en él que durante el día y principalmente en las funciones religiosas, caía en profundos y prolongados éxtasis.

Así vivió en su país natal, siendo objeto de la atención de sus conciudadanos, hasta que cayó soldado é ingresó como tal en el ejército de Italia.

Este cambio radical de vida y de costumbres no alteró en nada los hábitos religiosos de Barello, quién fué tenido por un loco entre sus compañeros de armas.

—Si es una locura amar á Dios sobre todas las cosas, loco y muy loco estoy, respondió á sus jefes en muchas ocasiones.

En vista de su tenacidad, se le dió una licencia ilimitada que él no habia solicitado, y que aprovechó para visitar todos los santuarios célebres de Italia.

Dos años después volvió al cuartel descalzo y con el uniforme hecho pedazos; esta vez le dieron la licencia absoluta al ya por entonces famoso penitente Casimiro Barello Monli.

Dueño al fin de sí mismo proyectó recorrer á pié y uno por

uno todos los lugares sagrados del mundo; pasó á Roma y desde la capital del orbe católico vino á España.

Vestia un tosco sayal de lana, á trechos remendado, á trechos roto y atado á la cintura con una cuerda de esparto; los piés y la cabeza desnudos; se alimentaba una vez cada veinticuatro horas, mezclando el alimento con agua para que estuviera helado y desabrido, y cuando no tenia que comer, satisfacía esta necesidad con un puñado de yerbas.

Tomaba lo puramente necesario para su vida y el resto lo repartía entre los pobres, á quienes también al abandonar á Cavagnolo (Turin) su pueblo natal, distribuyó la modestísima herencia de sus padres.

Nada era en él afectado ni aparatoso, ántes por el contrario, huía modestamente de toda publicidad, evitando las concurrencias numerosas.

En Valencia asistía todos los dias al templo al amanecer, comulgaba y oía todos los Sagrados Oficios, permaneciendo de rodillas sin comer ni moverse para nada, doce horas seguidas.

De noche se refugiaba en el campo cerca de un pajar. el dueño le tomó al principio por un ladrón, pero convencido á poco de su error, ofreció al penitente un poco de paja para descansar el cuerpo, favor que no quiso admitir, prefiriendo seguir durmiendo en el suelo.

El pueblo le seguía por las calles, gritándose unos á otros: —¡Es santo! ¡es santo!

Peró la fama y el prestigio del penitente crecieron cuando, saliendo de Valencia, dirigió su rumbo hácia la provincia de Alicante.

En Játiva, su ascetismo hizo que lloviesen sobre él donativos en víveres, y todo lo dió á los pobres. Con fama de santidad siguió su camino, sufriendo la intemperie y las tempestades, y llegó á Alcoy donde le recibieron como un ser extraordinario.

Las mujeres pedían como reliquias pedazos de sus andrajosas vestiduras: ha resistido heroicamente todos los halagos de la suerte y todos los ofrecimientos de muchas personas caritativas.

Su aspecto noble, simpático y distinguido, y su trato afable, humilde y cariñoso, atraían á todo el mundo.

Apenas llegó á Alcoy fué recogido por D. José Valero, cuya casa ha sido visitada por millares de personas de todos los puntos de la provincia.

Casimiro Barelló Monli ha muerto de una fiebre tifoidea: su cadáver ha sido visitado por inmensa muchedumbre de gentes.

Su entierro ha sido una manifestación grandiosa y solemne; todas las hospederías y fondas de Alcoy estaban llenas de bote en bote.

Háblase ya de milagros atribuidos al penitente, y aunque esto debe acojerse con la reserva que aconseja la Iglesia, la verdad es que el joven piomontés ha dado en este siglo, tan amante de los goces de la vida, una señaladisima prueba de austeridad y mortificación.

Tal ejemplo de piedad, de celo religioso y de devoción en nuestros dias, es digno de que sea conocido por todo el mundo y ensalzado como se merece por las almas piadosas.

Dios habrá premiado ya tantas virtudes en el cielo; Él tenga compasión de nosotros.»

La Época, 17 y 24 de Marzo.

II.

Emprende Casimiro desde su pátria su peregrinación á España, y llega á Valencia.—Su estancia en dicha capital.

Casimiro Barello y Monli, natural de Cavagnolo, provincia de Turin, en el Piamonte, (Italia) nació hácia el año 1856 pues contaba á su muerte veinte y ocho años, según es de ver por el pasaporte que le fué expedido en su pueblo natal en 7 de Marzo del pasado año 1883, copia del cual insertamos en el apéndice de la presente obrita, y en cuyo documento se le atribuye la edad de veinte y siete años. Fué hijo del ya difunto José Barello, no constando el nombre de su madre. Estos fueron labradores, y el mismo oficio ejerció Casimiro mientras vivió en el hogar paterno. A los veinte y tres ó veinte y cuatro años de su edad, esto es, hace cuatro ó cinco años, se consagró Casimiro á la vida de peregrinación; qué motivos tuviera para lanzarse al mundo con esta vida heroica de abnegación y penitencia, no lo sabemos con certeza; pero adivinamos, por lo que hemos comprendido de este admirable peregrino, que Dios le previno desde su infancia con las dulces bendiciones de la divina gracia, para atraérsele á su amor y preservarle de la corrupción del siglo; y en premio acaso de su constante fidelidad á la divina gracia, mereció que el Señor le llamase á mayor alteza de perfección con un llamamiento lleno de eficacia y suavidad como el de Abraham, diciéndole á lo íntimo de su corazón: *Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré.*

Fiel Casimiro á esta soberana vocación, dejó luego al punto todas sus cosas, y siguió á Dios por el nuevo y extraordinario camino á donde le llamaba.

Sospechamos que el nombre y profesión de *penitente*, que á sí mismo se daba el humilde Casimiro, mas bien debía referirse á los pecados del mundo, por los cuales queria inmolar-se, á imitación del Salvador, como víctima espiatoria, con su

vida de oración y sacrificio, que á sus propios pecados, que acaso no haya cometido nunca, conservando todavía la inocencia bautismal.

Preciosas confidencias que en momentos de espiritual expansión hizo á respetables amigos nuestros, parece como que levantan una punta del oscuro velo que encubre quizá el riquísimo tesoro de candor y gracia que encerraba el alma de Casimiro. A uno de estos díjole un día: «Hallábame yo displicente conmigo mismo en cierta coyuntura, por la consideración de mi propia indignidad, pareciéndome que formaba una excepción odiosa entre las criaturas racionales de este mundo, todas las cuales amaban á Dios mas que yo: y cediendo á un fuerte impulso de mi corazón bajé á la cuadra de mi casa, creyendo que me hallaría mejor entre las bestias.

Experimenté, con efecto, íntima satisfacción y consuelo al encontrarme en aquel lugar humilde, pero mezclados con un sentimiento de confusión, que me causó la vista de un jumentillo que allí había, el cual con sus alegres movimientos y escarceos parecía publicar á su manera la gloria de Dios, en lo cual me llevaba también la ventaja aquel sencillo animal. Quedó tan impreso desde entonces en mi espíritu el sentimiento de la humildad que solo me hallo ya bien en lugares muy humildes.»

Cualesquiera, empero, que hayan sido los móviles de la vida peregrinante de Casimiro, son muy escasas las noticias que hoy por hoy se tienen sobre los varios sucesos y accidentes, de que debió necesariamente hallarse sembrada.

En qué precisa fecha saliera de su casa con este intento; que países, lugares ó santuarios visitara; que rumbo llevase, y en que época volviese á su pueblo natal, no nos consta con absoluta certeza. Es indudable que antes de esta época cumplió Casimiro en su pátria el servicio militar, al que le llamara la suerte, y en cuyas reservas se cree estaba comprendido todavía; pues por Agosto del presente año había de presentarse á las autoridades de su país.

También tenemos por cierto, que volvió alguna vez á su pueblo natal, despues de emprendida su peregrinación; y que en una de estas ocasiones, llegando á percibir las rentas de su patrimonio, cuya administración habia confiado durante su ausencia á un hermano suyo, distribuyó su importe á los pobres, lo que hizo también despues con el total de dicho patrimonio, que vendió y repartió á los mismos.

Asimismo nos merece crédito, por los distintos conductos de donde la recibimos, la noticia de la renuncia de Casimiro á un proyecto de casamiento que se le imponia con una joven de su país; generosa resistencia que no le dió poco que sufrir y merecer, y la cual fundaba en que habiendo consagrado su corazón enteramente á Dios, no podia compartirlo con una esposa.

Durante el tiempo de su peregrinación, la vida de Casimiro fué uniforme é invariable; descalzo siempre y descubierta la cabeza, ciñendo pobrísimo vestido ó el tosco sayal de San Francisco, en cuya Tercera Orden militaba, recorría así los caminos y se presentaba á los pueblos, llevando sobre el pecho un crucifijo y pendientes del cordón, de un lado la corona, y del otro la calavera. Asistía muy de mañana al templo, donde oía Misa y recibía la sagrada Comunión, perseverando después todo el día arrodillado ante el Santísimo Sacramento en actitud de profundo recogimiento, que cambiaba á veces por difíciles postraciones, en las cuales mantenía la cabeza levantada dos dedos sobre el suelo, y besándolo nueve veces cuando se levantaba para marcharse. Esto no lo efectuaba hasta puesto ya el sol, en cuyo tiempo tomaba su único alimento del día, que consistía en un poquito de pan mojado en agua, que sustituía á veces con alguna fruta ó yerbas; y si no podía declinar algún compromiso de convite, echaba en la frugal vianda un vaso de agua, para hacerla desabrida. Y no permitiéndole su delicada conciencia tomar este escaso alimento, sin ganárselo con el trabajo de sus manos, se ocupaba tres meses cada año en rudos trabajos, cuyo jornal repartía entre los pobres, así como otras limosnas que pedía, reservándose solamente el precio de las tres onzas de pan, en que se cifraba su alimento diario. Se retiraba por la noche al campo, recogiendo en algún pajar, alguna cueva ó algún edificio arruinado.

Su trato era afable y humilde, su figura interesante, su rostro hermoso, y corteses y distinguidas sus maneras. Su presencia en las poblaciones llamaba desde luego la atención general; y como si ejerciera sobre las almas una atracción misteriosa, se veía luego al punto rodeado de gentes, y á veces de numerosos concursos, que le contemplaban con simpatía y ansiosa veneración.

No conocemos el itinerario que siguió Casimiro en su viage desde Italia á España; pero como no puede dudarse que trabajó en la perforación de los túneles de Canfranc, en la frontera de Francia, y que visitó, en prueba de su fervorosa devoción á la Santísima Virgen, sus cuatro santuarios mas célebres de la Europa á saber: La Saleta, Lourdes, el Pilar de Zaragoza y Monserrat, se infiere de aquí, que hizo su entrada en la península por Aragón, y desde Cataluña se dirigió en derechura á Valencia; pues pernoctó un día en Benicarló y visitó el convento de Capuchinos de la Magdalena, puntos ambos situados sobre la carretera de Valencia á Cataluña.

Nuestras primeras noticias acerca de la presencia del peregrino piamontés en la ciudad del Túria, las leímos en las siguientes líneas de «La Lealtad» correspondiente al día 16 de Enero del corriente año, Dicen así:

Estos días llama la atención de los fieles que asisten al ju-

bileo de las Cuarenta Horas, un joven piamontés (Italia) que vestido de tosco sayal, descalzo y sin llevar nada en la cabeza, pasa todo el santo día postrado de rodillas ante la presencia de Jesús Sacramentado.

Su agradable y hasta hermosa fisonomía, su apuesta estatura, su semblante majestuoso y sobre todo su acrisolada piedad, son causa de que los fieles le cerquen por todas partes, después del acto de la reserva, que es cuando dicho austero penitente toma algún alimento, que por vía de limosna recibe, sin aceptar dinero alguno y refugiándose durante la noche en un desmantelado pajar.

Lo primero que hace al entrar en el templo es recibir la sagrada Comunión. Parece que un sacerdote de San Andrés se ha interesado para que pase la noche en su casa, hasta que reciba instrucciones de su director espiritual que está en Génova.

Algo podemos añadir á este relato del periódico católico. Ante todo debemos consignar lo providencial de la visita de Casimiro á Valencia. No entraba en sus planes el visitar con detención la Ciudad del Túria; tanto es así, que al pasar por la misma á primeros de Diciembre del pasado año, apenas si estuvo algún día. Pero vean nuestros lectores y admirense de lo que fué ocurriéndole. Había caminado algunas horas, según creía, en dirección á Madrid, cuando se encontró en Silla, es decir fuera de la línea que debía conducirle al término que deseaba; en este pueblo, sintiéndose desfallecido por el hambre, tomó algún ligero alimento. Con ánimo de rectificar su desvío de la carretera de Madrid, tomó el camino que á su entender le llevaba á la misma, pero otra vez sin quererlo, ni pensarlo se vió á las puertas de Valencia. Hombre de carácter, que sabia llevar á cabo sus resoluciones, apesar de todas las dificultades, no se arredra y sin detenerse en esta Capital y siempre con sus miras de dirigirse á la Corte de España, tomó otra vez la carretera de Cabrillas hasta llegar á los pueblos de Chiva y Cheste; pero otra vez perdiendo su norte dirigióse á Valencia. Aquí creyó ver ya Casimiro el dedo de Dios que le señalaba á Valencia para que en ella permaneciese algunos días, dándole á El gloria y al prógimo motivos de edificación y con estos sentimientos entraba Casimiro Barello en el pueblo de San Vicente Ferrer, dirigiéndose, según su costumbre, á una iglesia en donde pasó algunas horas en fervorosa oración.

Los primeros dias de su estancia en Valencia buscó Casimiro por refugio y descanso, durante las noches, un desmantelado pajar de los afueras de la Ciudad, por la parte del pueblo de Campanar. Condolido de ello un caballero profundamente piadoso, D. Teodoro Minguet y Rosell, resolvióse á ofrecer

al peregrino piamontés su casa, invitándole á pasar en ella las noches, ya que durante el día se encontraba en el templo. Esperó con este objeto el Sr. Minguet á Casimiro á su salida de la iglesia del Hospital Provincial, donde se celebraba á la sazón el Jubileo de las Cuarenta Horas y puesto á su lado le acompañó hasta el sitio que habia elegido por su morada durante la noche. Vivisimas instancias hizo D. Teodoro al fervoroso penitente para que aceptase su casa; le presentaba á este fin los peligros que corría su vida por parte de cualquier perdido que se atreviese con él; que esto seria luego un borrón para la piadosa Valencia, que él debia y podia evitar. Inútil todo, apesar de haber insistido una y otra tarde en sus propósitos. Pero el Sr. Minguet no desmaya, discurre y emplea otros medios mas eficaces que el que habia empleado, entre ellos el de que un sacerdote le hablase y le impusiese el precepto de no dormir á la intemperie, sino en la casa de quien tan generosamente se la ofrecia. Casimiro que profesaba una veneración y un respeto sin segundo á los sacerdotes, cuya palabra nunca desatendia, se inclinó ante el mandato del sacerdote, Beneficiado de San Andrés D. Ginés Segarra y aquella misma noche Casimiro Barello era huesped de D. Teodoro Minguet y Rosell, habitante en la calle de Rubiols núm. 1, con tanta alegría del mismo y de su Señora, que seguramente no la hubieran tenido mayor si hospedaran á un potentado.

Constituido Casimiro en su morada, para él excesivamente cómoda, no dejó su acostumbrado tenor de vida. Por la mañana á primera hora estaba ya en el templo donde se celebraban las Cuarenta Horas, allí recibia la santa Comunión con disposiciones de tanto fervor, que manifestándose al exterior, edificaba á todos; allí permanecia hasta la reserva de S. D. M. constantemente arrodillado y después corria á la casa del Sr. Minguet, respirando una alegría angelical y siempre dócil y atento á la vez y aun á la menor insinuación de éste y su Señora, miránolos como unos padres y llamánolos así, y bien podemos decir que era considerado Casimiro por ellos como un hijo que tal era el dictado que le daban.

Inútil creemos decir que el fervoroso italiano llamaba de día en día más la atención de las gentes piadosas; la fama de su santidad se aumentaba y se hacia mas general, cuando una semana después de otra, se le veía en los templos diez y doce horas arrodillado ante Jesús Sacramentado, inmóvil como si fuera una estatua y con un fervor impropio de un hombre mortal.

Espiándole por la noche, se le vió constantemente, según nos asegura el mismo dueño de la casa, ó incorporado sobre la dura é incómoda cama ó de rodillas, siempre en actitud de orar.

En diferentes ocasiones se le ofrecieron monedas de oro, ó

se pusieron á su disposición sumas respetables. Casimiro nunca quiso nada, solo aceptó para *sus pobrecitos* algunas piezas de ropa que repartió á las puertas de algunas iglesias.

La habitación de D. Teodoro Minguet fué visitada durante los dias que estuvo Casimiro en ella, por innumerables multitud de personas de todas las clases de la sociedad. Si edificaba á todos su actitud en el templo, no edificaba menos su trato en casa. Sus palabras siempre eran oportunas y sus maneras sobre toda ponderación delicadas. Nada habia en él que no fuera digno de un santo. Era sabio y prudente con la sabiduría y prudencia de Jesucristo.

Para asegurarse mas de la virtud de Casimiro Barelo se escribió desde Valencia al Vicedirector del Seminario de los siervos de María, en Génova, sacerdote respetabilísimo que habia tratado muy íntimamente al peregrino piamontés, pidiéndole noticias é informes del mismo. La respuesta dada por el sacerdote genovés confirma plenamente el alto concepto que Valencia habia formado de la santidad de Casimiro Barelo.

Véase á continuación la carta á que nos referimos, seguida de otra del mismo señor para el peregrino italiano.

«Génova 19 de Enero 1884.

Reverendo Sr. D. José Cervera.

«Recibí ayer tarde su muy grata del once del actual en la que me pide usted informes del jóven Casimiro Barelo, hijo de Cavagnolo, provincia de Turin. Muy justo es el deseo de usted y yo con sumo placer y diligencia le respondo para satisfacerle en cuanto me será posible.

«Creo positivamente que no ha errado usted al creer poseido de un buen espíritu á nuestro amado joven Casimiro. Yo creo conocerlo bien á fondo ya por haber tomado informes de su persona de fuente muy segura, ya tambien por haberlo examinado á él muy diligentemente.

«Puedo por lo tanto asegurar sin el menor temor de errar, que no solamente no es un impostor, sino por el contrario es una alma en la cual el espíritu del Señor quiere manifestarse de un modo no común.

«También nosotros al principio tuvimos los mismos temores que usted y pensamos aconsejarle que se hiciese religioso; pero habiendo examinado y conocido mejor su espíritu, vimos claramente que hay en él verdaderos indicios de que Dios le llama á ese género de vida de peregrinación.

«El tiempo que permaneció aquí en Génova observaba las mismas reglas de vida que, según dice usted, observa ahora en esa ciudad de Valencia y también aquí llamaba la atención de todas las personas piadosas.

«Es cuanto puedo decirle para la tranquilidad de ustedes. Por lo demás pueden ustedes interrogar al mismo joven.

«Tengo sumo placer de que encuentre personas piadosas que se interesen por él y sacerdotes celosos que le protejan.

«Doy á usted las más expresivas gracias por la caridad que usa con nuestro amado Peregrino; y si quisiera usted de hoy en adelante escribirme alguna vez, hágalo usted con toda libertad y confianza. Entre tanto tenga usted la bondad de saludarlo afectuosamente de mi parte entregándole la adjunta esquila.

«No deje usted de ayudarle en cuanto le sea posible confiado en que el Señor bendecirá sus solicitudes.

«Dígnese usted aceptar mis cariñosos afectos y encomendarme á los S. S. Corazones de Jesús y María á quienes sea dado honor y gloria por todos los siglos.—Suyo afectísimo servidor, Juan Bautista Semino, presbítero.»

La esquila á la cual se refiere la carta anterior, es la siguiente:

«Génova 19 Enero de 1884.

«Mi amadísimo en Jesucristo Casimiro Barello: Con sumo placer he recibido nuevamente noticias tuyas por conducto de ese buen Sacerdote que tan caritativamente se interesa por tí y me sirvo de él para remitirte esta esquilita.

«No te repito lo que ya te dije en la carta que te dirigí á Alicante, porque creo que ya la habrás recibido. Regúlate según te indiqué en ella: y para lo que pueda ocurrirte cotidianamente, puedes regirte por lo que te aconseje este sacerdote que me escribe ú otro, según las circunstancias. Por lo demás te repito que creo que sea la voluntad del Señor que continúes por ahora en ese género de vida.

«Ruega al Señor por mí que yo no me olvidaré de tí y si en cualquier cosa puedo servirte, cree que estaré siempre pronto á complacerte.

«Recibe los cariñosos afectos de nuestro Director y de todos nuestros jóvenes hijos de María. Encomienda á toda nuestra Comunidad al Señor y á su celestial é Inmaculada Madre á fin que creciendo continuamente en número, crezca también en el espíritu de Jesucristo.

«El Señor te colme de sus celestiales bendiciones y te acompañe siempre con su santa gracia para que puedas cumplir en todo su santísima voluntad.—Tuyo siempre en Jesús y María, Juan Bautista Semino, presbítero.

III.

Parte Casimiro de Valencia á Játiva.—Su permanencia y edificantes obras en esta Ciudad.

Habia permanecido Casimiro en Valencia aproximadamente un mes, edificando á todos con sus obras heroicas de amor de Dios y de caridad para con el prógimo: todos le veneraban como á un santo, y multitud de personas se sentian felizmente cambiadas con solo haber visto una sola vez ó haber oido una sola palabra del penitente italiano; su misión estaba cumplida en aquella capital, y no podia pensar en otra cosa que en salir de ella para visitar á otros pueblos y llevarles el buen olor de Cristo.

Muchas instancias le hizo el caballero que le habia hospedado en su casa para que permaneciese á su lado por mas tiempo; le aseguraba que nada le faltaria, pero Casimiro queria precisamente que le faltase todo por parte de las criaturas para encontrarlo todo en Dios, y con el convencimiento perfecto que tenia de su misión y con el firmisimo propósito que abrigaba de llevarla á cabo, salió decididamente de Valencia á principios de Febrero.

Acompañado del dueño de la casa, Sr. Minguet, abandonó como á las cuatro de la mañana la expresada Ciudad saliendo por la calle de San Vicente y continuando juntos hasta el sitio denominado *La Creu Cuberta*. Casimiro, que con la delicadeza que le era natural habia invitado á su compañero varias veces á que se volviese á la Ciudad, para que no se cansara en un camino que después habia de deshacer, al llegar al citado sitio, se arrodilló á los piés del Sr. Minguet pidiéndole su bendición y con ella despedirse de su protector, pero éste profundamente conmovido le respondia con abrazos afectuosísimos y con lágrimas abundantes; Casimiro con una serenidad propia de quien lo ha puesto todo en Dios, insistia pidiendo la bendición y cuando la obtuvo, levantose para continuar solo el camino empezado, pero con tanta prisa, que momentos después no era visto de nadie.

Aquella misma mañana entraba en la iglesia parroquial de Masanasa; allí recibió la Sagrada Comunión y después de la acción de gracias salió precipitadamente para continuar el camino, como si le esperase un negocio urgente que arreglar, y así era de verdad, sin que sea necesario decir, que el negocio de Casimiro era el de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Siempre en dirección á Játiva, no sabemos que estuviese en otro pueblo que en Alberique; aunque podemos presumir,

dada la multitud de que se halla sembrada la rica zona de la Ribera, visitase alguno, pero hoy por hoy lo ignoramos.

Su estancia en Alberique la señaló con un rasgo heróico de amor de Dios. Ocurria el caso de correr, durante las horas de estancia de Casimiro en el expresado pueblo, muchas máscaras, que, como es natural, atraian en su seguimiento mucha gente curiosa; Casimiro que no dejaba perder ninguna ocasión que no aprovechase para dar gloria á Dios y santificar al prógimo, se dirige á la puerta del templo parroquial, punto de los mas concurridos de la población, y arrodillándose y con los brazos en cruz se pone á orar. Con tal actitud, que formaba un espectáculo bien extraño, ya se comprende llamase la atención de las gentes y que dejando á las máscaras, se reunieran á su alrededor, formando cada cual su juicio, desfavorable siempre para Casimiro.

Pues bien; lo que este siervo de Dios se propuso con esta ocurrencia, no puede ser ni mas heróico ni mas sublime, fué realizar al pié de la letra un gran pensamiento de San Pablo: hacerse loco por Jesucristo para ganarle las almas que podian perderse en aquel espectáculo pagano.

En el capítul X titulado: *Espíritu de Casimiro Barello*, pueden ver nuestros lectores las propias palabras con que expresó este pensamiento.

Continuando el camino llegó por fin á Játiva.

Damos gran importancia á los detalles y circunstancias de la entrada y permanencia de Casimiro en esta histórica Ciudad, ya que en ella, como en ninguna, hizo cosas portentosísimas, verdaderamente heróicas, teniendo por cierto que en los esfuerzos generosísimos que practicó en la misma, para realizar milagros de caridad cristiana, contrajo la enfermedad que puso término á su preciosa vida en Alcoy.

Llegaba Casimiro el día 8 de Febrero por la tarde á la cima de una de las colinas que dominan á Játiva; desde allí divisó su hermosísima y pintoresca campiña, con la multitud de pueblos que la esmaltan, y su espíritu se recreaba dulcemente ante la vista de un panorama tan magnífico, alabando á Dios con acentos de verdadera gratitud. Llamole desde luego la atención Játiva por la extraordinaria extensión de terreno que ocupa; divisaba con júbilo desde aquellas alturas la multitud de torres y de cúpulas que le indicaban sus muchos templos y su espíritu se enardecia en deseos de entrar en esta población que juzgaba importante por el número de sus habitantes como por su piedad, con estos sentimientos dejaba el monte para dirigirse á Játiva; á la caída de la tarde se encontraba á las puertas de esta Ciudad.

Con paso acelerado atravesó toda la población, sin volver la vista á parte alguna, como dominado exclusivamente por la idea de adorar al Dios Sacramentado en uno de sus templos,

lo mas pronto posible. Cuando entró en el principal de Játiva, llamado la Seo, se habian terminado los oficios de la tarde, y estaba completamente solitario; al ver el fervoroso peregrino una iglesia tan espaciosa y magnífica y no observar en ella ningún adorador del Sacramento del Amor, experimentó una tristeza mortal, que solo podria comprenderla el que tuviese á Dios tanto amor como aquella alma seráfica.

En tal situación, Casimiro no pensaba mas que en compensar al Señor con actos forvorisimos de amor y de adoración, de aquella soledad y olvido de las criaturas en que estaba, y reconociendo su impotencia, llamaba con acentos tiernisimos á los ángeles á que vinieran á hacer compañía á su Dios y á tributarle los homenajes que no le daban las criaturas. Cuando Casimiro debia estar absorto y extático bajo el impulso de estos encendidos deseos de amor de Dios; cuando derramaba abundantes lágrimas ante el tabernáculo, repitiendo entre gemidos, tal vez aquellas palabras de una gran Santa: «¡Ay, que el Amor no es amado!» le avisaba el sacristan que saliera del templo, pues iba á cerrarlo; mucho costaba á Casimiro apartarse de la presencia de Dios pero el ruido de las llaves, agitadas sin cesar por el dependiente de la iglesia, dábale á conocer que no habia espera; ante la pena que sentia Casimiro de dejar su Dios en tan completa soledad, se le ocurrió el pensamiento de ocultarse en algún rincón del templo, para pasar la noche junto á Jesús Sacramentado, desestimando desde luego la idea por no considerarla prudente, y haciendo á su corazón grandísima violencia, salió de la Seo. En tales momentos percibió un volteo de campanas y corriendo en su dirección, llegó á San Francisco, pero cuando ya salia la gente de un ejercicio que acababa de terminar.

En tal trance parece debia ya desistir Casimiro de su propósito de recogerse en la presencia de Dios Sacramentado, para ocuparse solo de la manera como habia de pasar la noche, tanto mas, cuanto despues de haber hecho una larga jornada y no haber probado alimento en muchas horas, debia sentirse cansado y desfallecido; pero el fuego del amor divino que le consumia le hacia olvidar todas las cosas, para pensar solo en Dios que era su alimento, su descanso, su vida y su todo. Asi es, que al percibir, desde la iglesia de San Francisco un toque de campanas, algun tanto lejanas, corre animoso en busca de la fiesta que anunciaban, encontrándose luego en la iglesia de las religiosas de Santa Clara, en el momento en que, como final de las Cuarentas Horas, se daba la bendición con el Santísimo Sacramento.

Despues de estar en el templo de Santa Clara, hasta que le fué permitido, partió hácia las afueras de la población, buscando á la ventura un sitio para pasar la noche, y deteniéndose, por fin, en un pajar situado junto al cementerio, distan-

te media legua escasa de la Ciudad; aquella noche la pasó toda en oración y derramando lágrimas, según manifestaba en conversación íntima á un respetable sacerdote.

Por la mañana siguiente á primera hora se encontraba en la Parroquia de San Pedro en que empezaba el Jubileo de las Cuarenta Horas.

Y aquí dejamos el hilo de la narración empezada, para que la continúe el corresponsal del excelente periódico *La Lealtad*, quien á la vista de los hechos heroicos obrados por Casimiro, los refiere con una expresión tan viva y tan exacta, como nosotros no acertariamos á hacer.

No queremos dejar la pluma sin consignar los nombres de dos fervorosos sacerdotes de Játiva: D. Enrique Juliá, Cura Párroco de los Santos Juanes y D. José Plá, Ecónomo de San Pedro, quienes habiendo vislumbrado desde el primer día las sólidas y altísimas virtudes de Casimiro Barello, no le dejaron un momento, proporcionándole las ocasiones en que, con inmensa gloria para Dios y edificación para toda la Ciudad, llevó á cabo los hechos heroicos que se consignan en la carta que va á continuación.

«Sr. Director de *La Lealtad*.

Játiva 20 de Febrero de 1884.

Muy señor mio: Un acontecimiento no visto tal vez en algunos siglos, acababan de presenciarse los habitantes de esta importante ciudad; la permanencia en ella durante diez días del pobrecito Casimiro Barello. Los efectos son tan extraordinariamente notables, que creo debieran lanzarse á los cuatro vientos de la publicidad, pues la luz que derraman basta para abrir los ojos de los que ciegos en la vida sobrenatural, yacen envueltos entre las sombras de la indiferencia, de la duda y de la incredulidad. Por ello me atrevo á dirigir á V. para su católico diario estos mal trazados renglones, respondiendo de la exactitud de cuanto en ellos refiero, como testigo presencial ó informado de personas dignas de todo crédito.

El sábado 9 de los corrientes, empezó á correr la voz de que un joven penitente se hallaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento desde las cinco de la mañana en la iglesia parroquial de San Pedro, en donde habian comenzado aquel mismo día las Cuarenta Horas.

Como es de suponer, no faltaron curiosos que asistieran aquel día al expresado templo.

Aunque todos adivinaban que el indicado sujeto era el mismo que tanto habia llamado la atención de la capital, sin embargo, se hacian mil suposiciones acerca de su género de vida, sobre su motivo, y hasta su persona.

Pocos días fué menester para que la loca imaginación se dejase de invenciones y diese lugar á que la razón juzgase

ante los hechos que con toda desnudez y evidencia la presentaban los sentidos.

En efecto, señor director, el numeroso público que incesantemente llenaba el templo dicho, veía que á las cuatro de la mañana estaba ya en él el indicado joven, descalzo, con su pobre y araposo hábito, sus libritos y su rosario, que se arrodillaba en el rincón de una capilla, de donde solo se movía para acercarse al sagrado comulgatorio, volviendo luego al mismo sitio, en donde permanecía de rodillas como una estátua, sin mas movimiento que sus profundas y difíciles postraciones, extensión de brazos, hasta las cinco y media de la tarde en que avisado por el señor cura ecónomo, á cuyas órdenes se puso desde el primer día, entraba en la abadía, se tomaba luego una frugal comida, y se retiraba á un pajar situado á una media legua corta de la ciudad, en donde descansaba hasta la madrugada del siguiente día, para volver á la misma iglesia.

El inmenso público que veía durante cuatro días consecutivos lo mismo, que sabía que el expresado señor cura y otras personas le habían ofrecido hospedaje y que lo había rehusado muy cortesmente, de la misma manera que las limosnas en dinero que algunas personas le ofrecían, aceptando tan solo los pedazos de pan que luego entregaba al primer pobre que se presentaba á su paso, no podía menos de unirse con respeto y hasta con una especie de veneración á un joven tan extraordinariamente ejemplar.

Así es que aquella curiosidad del principio trocose pronto en conmoción profunda y general. Ya no eran las mujeres las que iban á ver al peregrino ó al *fraret*; era la población en masa la que visitaba la parroquia para ver al hombre extraordinario; pero con esta circunstancia digna de notarse: que teniendo á los ojos á aquel constante y heróico adorador de la Eucaristía, era imposible contenerse sin caer de rodillas ante Jesús Sacramentado. Yo mismo ví entrar á dos sugetos que por la manera como entraron y se quedaron de pié, indicaban que no buscaban á Dios sino al *hombre* mas éste los mira, observa su actitud irreverente y señalando con sus ojos y sus manos dónde estaba el objeto de su adoración, caen de rodillas en el suelo, inclinando su cabeza y su cara al altar mayor. Como usted comprenderá, el respeto y la veneración animaba al concurso de personas, que salían asombradas y muchas de ellas vertiendo lágrimas abundantes.

Si estos efectos producíanse á los cuatro días de permanencia entre nosotros, sin más comunicación que su presencia en la iglesia y las contadas personas que por conducto de dicho señor cura le hablaban, figúrese usted cuales no serian cuando este señor le mandó que aceptase la comida á que le convidase alguna persona por la noche; cuando por obediencia dejó el

pajar del campo y se acostaba en el de un corral de casa de un honrado labrador de dicha parroquia; cuando se le trató y fueron conocidos sus finos modales, su trato tan dulce y simpático; la íntima convicción de la conveniencia de su vida errante y austera y sobre todo su encendido amor á Dios y á los hombres; y todo esto, unido al mismo género de vida de los días anteriores, permaneciendo otras Cuarenta Horas en el mismo templo arrodillado delante del augusto Sacramento.

Señor director, no era ya la curiosidad lo que se notaba en las gentes, ni tampoco el asombro ante las virtudes tan admirables ni la veneración al más sublime de los Sacramentos, eran lágrimas que la simple vista del mencionado pobrecito arrancaba de los ojos de todos; lágrimas de amor á Dios, lágrimas por haber ofendido á un Dios por cuyo amor tantos sacrificios y penalidades se personificaban en el expresado penitente. Yo mismo he visto llorar á multitud de personas alejadas por completo de los deberes religiosos; las he oído expresar el dolor que les causaba haber llevado aquel género de vida, asegurándome algunas de ellas que de hoy en adelante serían otras.

De modo que todos dicen: La permanencia del pobrecito entre nosotros ha sido una misión para todos.

El hermano Casimiro Barello era ya el objeto de todas las conversaciones, y de la atención y cariño de todos. Y con razón, porque lo que de él se refería era mas que suficiente para despertar el mas empedernido corazón. Permitame que me extienda en narrar algunos de los hechos mas notables.

Al saber que en una casa próxima á la parroquia de San Pedro, se hallaba una ancianita agonizando, pidió ir á verla y así que llegó á su presencia se arrodilló á la cabecera de su cama, diciendo á la pobre moribunda palabras de confortación y de consuelo, siendo imposible arrancarle de allí hasta las dos y media de la madrugada, en que el dueño de la casa movido á compasión, le mandó que se retirara á descansar al pajar, lo cual ejecutó, pero á las cuatro estaba ya de pié preparado para pasar todo el día como los anteriores de rodillas ante el Santísimo Sacramento.

No menos edificado en la presencia de los pobres mendigos, á los cuales besaba los piés y abrazaba, dándoles todo el pan que llevaba encima, y cuando no tenía, él mismo pedía al primero que tenía á su lado, entregándolo luego al pobre.

La primera noche que se quedó en el pajar de la casa del labrador antes citado, se le advirtió que una ventana vecina, era de la sacristía de la iglesia de la Consolación y por consiguiente que pasaría la noche muy cerca de Jesús Sacramentado: es imposible, señor director, describir la alegría que se dibujó en el rostro del expresado joven al oír esta noticia; sus mejillas se hicieron como de carmin, sus ojos se avivaron, ya

no ansiaba mas que quedarse solo y sin dejar que el dueño de la casa le tendiera la paja que le habia de servir de lecho; de rodillas ante la ventanilla empieza á dirigir jaculatorias al Santísimo Sacramento, á llamar á su angel custodio para que corriese un poco la pared de la ventana y á lo menos le permitiese ver la claridad de la luz que ardia delante del altar mayor; y como el expresado dueño al verle tan entusiasmado le dijese, hombre acuéstese y duerma, si no mañana como podrá ir á las Cuarenta Horas, él le contestó: no importa, esta noche le quiero yo gozar: esta noche que es patrimonio mio, mañana no se si viviré.

Finalmente, narraré el mas notable y ruidoso de todos, que ciertamente es una maravilla de la caridad. Habiéndole manifestado al señor cura que no queria salir de Játiva sin hacer una visita á los pobres presos, pero que queria llevarles algunas limosnas en especies, le pidió su parecer sobre si pediria un dia por la ciudad para tan santo objeto; al expresado señor le pareció mejor hacer conocer al público los deseos del buen Casimiro y que el lunes 18, de nueve á diez de la mañana, recojeria á la puerta de la iglesia lo que espontáneamente le diesen. A las ocho se celebró en dicho templo una misa al Santísimo Corazón de Jesús, que dijo D. Eduardo Legido: la iglesia, no obstante la abundante lluvia que entonces caía, estaba de bote en bote; terminado el Santo Sacrificio, empezó la colecta; una pareja de vigilantes enviados por la digna autoridad local, procuraba el desfile de la multitud de personas que con los ojos arrasados en lágrimas, pasaban por delante del penitente besando el crucifijo de su rosario y recibiendo además los hombres un abrazo y un beso, entregando todos en los canastos preparados al efecto y á su paso el comestible ó la ropa objeto de su limosna. Una hora duró esta colecta, fué imposible detenerse mas, pues el digno señor juez y algunos señores del municipio esperaban á las diez al buen Casimiro con las limosnas recogidas en la cárcel; estas consistian en 10 ó 12 grandes canastos de pan, sobre 16 arrobas, y 2 arrobas de embutido y tocino, además vino, tabaco, tortas, bizcochos, pasas, frutas y ropa en abundancia. Para trasladarlo todo á su destino fué preciso buscar un carrito y el bueno de Casimiro quiso hacer de bestia para arrastrar el vehículo. Esta escena conmovia á todos; una lluvia copiosísima caía entonces, las calles estaban intransitables y el camino era largo y penoso, pero nada es capaz de hacerle desistir de su empeño. Enteramente descalzo, descubierta su cabeza, sucio de lodo y mojado su pobre y haraposos hábito, pero radiante su rostro de una alegría angelical, tira de su carrito en medio de numerosa muchedumbre que con pasmo y conmoción mira aquel héroe de caridad. Su paso por las calles era una marcha triunfal; unos lloran, otros rien de san-

ta alegría, y no faltan algunos que le victorean y aplauden.

En la cárcel le reciben los dignos representantes de las autoridades judicial y civil, les pide permiso para hablar á los presos y abrazarles y ante aquella nueva escena, no hubo nadie que no reconociera que la gracia de Dios obraba tales prodigios de amor al Señor y á los hombres como Casimiro manifestaba en sus palabras y en sus obras.

Por de pronto lo que ocurría era ya un prodigio: Casimiro solo deseaba socorrer á los pobres de las cárceles y el Señor hizo que pudiese socorrer á todos los pobres del asilo y de la Beneficencia además de los presos, pues con lo que sobró á estos despues de dejarles bien arreglados, llevó él mismo con su carrito tres grandes canastos de pan y uno de embutido y tocino, á cada uno de los indicados establecimientos.

La tarde de aquel mismo dia la pasó en el santo Hospital entre los enfermos, de quienes se despedía besándoles sus lágrimas y dándoles un fuerte abrazo.

Al dia siguiente, martes, la satisfacción y la tristeza se reflejaba en los semblantes de todos. La satisfacción de haber visto los ejemplos admirables de virtud que solo viven en el seno de la verdadera iglesia; la tristeza que se siente al despedirse de un amigo que se ama en Jesucristo; Casimiro Barello se despedía de los hijos de Játiva, que no obstante sus precauciones para no ser seguido, le habian acompañado en grandísimo número hasta la cruz de Bixquert, media hora de la ciudad y camino de Alcoy. Que el Señor continúe derramando sobre él sus copiosísimas gracias; que despierten sus ejemplos y oraciones en nuestras almas, la verdadera caridad; esto dijeron todos con lágrimas en los ojos al verle alejarse solo y apresurado, como quien no quiere nada con los del mundo; esto mismo desea y pide al cielo.

Z.

(*La Lealtad del 24 de Febrero.*)

Habiendo consignado en estos Apuntes el nombre del caballero cristiano que dió hospedaje en Valencia á Casimiro, como notaremos luego el del que se lo dió en Alcoy, queremos suplir el silencio de la preinserta correspondencia respecto del que le hospedó en Játiva; se llama D. Santiago Martínez, habitante en la misma ciudad, junto á la iglesia de las monjas de la Consolación.

IV.

**Sale Casimiro de Játiva y prosigue su camino para Alcoy.—
Sucesos ocurridos en los pueblos del tránsito, entre otros,
Palomar, Albayda, Muro y Cocentayna.**

Al final de la correspondencia de Játiva inserta en el capítulo anterior se indica ya la partida de Casimiro de dicha ciudad. Queremos añadir ahora algunos pormenores que nos ha referido una respetable persona, testigo de la tierna despedida, por los cuales se deja ver el insigne peregrino, tan grande como siempre en abnegación y sacrificio.

Dejemos antes consignado que Barello salió de Játiva en dirección á Alcoy, y con ánimo de permanecer en el mismo por algun tiempo, por recomendación de nuestro distinguido paisano D. Enrique Juliá, cura de los Santos Juanes de Játiva, quien creyó muy fundadamente daría en nuestra ciudad el prodigioso peregrino mucha gloria á Dios. Por cierto que no se engañó.

Narremos ya la salida de Casimiro de Játiva.

Sabiendo las personas que mas íntimamente le habian tratado, durante su estancia en la población expresada, la hora de su partida, fueron afluyendo á la casa donde se hospedó llevándole en saquitos y pañuelos provisiones para el viage. Casimiro lo recibió todo con vivo reconocimiento, y llegado el momento señalado, salió seguido de algunas personas respetables, llevando por esta vez, además de sus libritos de devoción y la calavera, que le dió el expresado Sr. Cura, por habérsele magullado la que llevaba, los saquitos de las provisiones de víveres. Véase ahora el uso que hizo de las mismas. Como viera por el camino á un pobre, se adelantó hácia él y arrodillado á sus piés, le ofreció con la ternura y solicitud propia de una madre uno de los saquitos que llevaba. La comitiva se manifestaba edificada y conmovida por actos tan sublimes de caridad cristiana. Otros pobres fueron presentándose y repetía con cada uno lo que habia hecho con el primero. Como se le presentase por fin uno, cuando ya nada tenía que darle, recordó que llevaba un saco vacío y se lo ofreció, suplicándole con mucho amor que lo admitiera. Algunos de los que acompañaban, dominando las profundas emociones que sentían, le hacían sus cariñosas reconvenciones con estas palabras: ¡Por Dios, Casimiro, que no lleva usted ya nada para el viage! y él como si, con haberse desposeído de todo, hubiera encontrado el secreto de su completa felicidad, levantaba las manos al cielo y radiante de una alegría celestial, exclamaba fuera de sí: ¡la Providencia! ¡la Providencia!

A todo esto corria desalado por medio de la carretera hollando la piedra recientemente machacada con sus piés desnudos y lastimándoselos sin piedad. Inútil es decir, que ninguno de cuantos presenciaron esta escena pudo contener sus lágrimas.

Casimiro, entre tanto, después de una afectuosa despedida en la Cruz de Bixquert, continuó solo su camino, no sin volver el rostro una y otra vez hácia los que le habían acompañado y que por cierto no le perdian de vista, para manifestarles con movimientos muy expresivos su profunda gratitud.

Aquella misma tarde llegó á Bellús y, fiel á su costumbre, se fué inmediatamente en dirección á la iglesia; allí arrodillado y puestos los brazos en cruz, rezó el Rosario, acompañándole en tal acto todo el pueblo. Sin dar lugar al descanso, continuó su camino seguido de un gran gentío, pasando por Benisuera, Guardasequies, Sempere y Alfarrasí. En todas partes la misma conmoción, el mismo entusiasmo, las mismas exclamaciones; «es un santo» decian todos. El vecindario de un pueblo le seguia hasta el inmediato, y el paso del pobrecillo extranjero, que no buscaba mas que persecuciones y desprecios, fué una carrera de triunfo.

Una vez mas queremos hacer notar la atracción misteriosa que ejercia Casimiro en todos los que le veian aunque fuese por una sola vez. «Robadora de corazones» llamaban á Santa Teresa los de su tiempo, por la gracia que poseia para ganarlos todos para Jesucristo, y no nos falta razón á nosotros para llamar tambien á Casimiro «Robador de corazones.» Esta fuerza misteriosa de atracción es para nosotros un milagro, el milagro que se ha verificado en todos los santos; si alguno no admite esta apreciación que nos explique el fenómeno.

El tránsito de Casimiro por los pueblos expresados tenia lugar los dias 19 y 20 de Febrero. A las tres de la tarde de este último se encontraba ya en Palomar. Cuando se apercibieron de su visita los del pueblo estaba ya arrodillado á la puerta del templo. Poco despues salia con dirección á la carretera, y al llegar á la cruz de piedra que se levanta á la entrada del pueblo oró arrodillado por algunos momentos, continuando luego su marcha hasta llegar á un barranco distante de Palomar como sesenta metros, en cuyo sitio se paró haciendo la señal de la cruz y bajando, acto seguido, al río, entró en él mojó un mendrugo de pan y después de comerlo, continuó su marcha en dirección á Albaida.

Antes de entrar en Palomar, estuvo un rato junto al «Corral de Durá,» dejándose allí algunos pedazos de paño burdo que debia llevar medio cosidos al hábito, con el fin, sin duda, de que apareciera remendado; así lo interpretamos, dado su amor á la pobreza. Tambien fueron encontrados en el expresado sitio, tres libritos que debió meter por debajo de la puer-

ta; sus títulos son: «Visita al Santísimo Sacramento,» «Modo de confesarse, oír Misa y rezar el Via-Crucis, y una historia de una imágen de un Crucifijo que se venera en Roma escrita en italiano.

Todos estos datos nos los comunica el Profesor de instrucción primaria de Palomar, testigo de todo lo que queda consignado.

Aquella misma tarde entró en Albaida Casimiro y dirigiéndose á la Iglesia Parroquial, se arrodilló ante su puerta por estar aún cerrada, permaneciendo en fervorosa oración algunas horas.

Cuando se apercibieron los vecinos de la Villa de que el que estaba á la puerta de la Parroquia, era el penitente italiano que tantos prodigios de virtud habia obrado en Játiva y del que se ocupaba, con grandes elogios, toda la prensa, empezaron á afluir á la Plaza de la Iglesia, aumentando por momentos el gentío.

Las personas mas distinguidas de la población le invitaban á pasar á sus casas. Casimiro, persistiendo en su oración, rehusaba con finas maneras tales invitaciones, viniendo por fin á aceptar á última hora el ofrecimiento que le hizo una pobre muger de su mísera vivienda y por cierto, que Casimiro llevó milagrosamente á la misma, con su visita, entre otros bienes, el de salud corporal para la caritativa muger.

El respetable sacerdote de Albaida que nos escribe todo esto, nos comunica minuciosos detalles de este portentoso alcanzado con el contacto de un pañuelo que pertenecía á Casimiro, asegurándonos su verdad, de la que pueden salir fiadores muchos vecinos de la Villa; pero fieles al propósito de no ocuparnos en estos «Apuntes históricos» de ningún hecho sobrenatural, nos concretamos á señalarlo para su examen á quien compete.

La estrecha y pobre casita en que se hospedó Casimiro estuvo visitada durante algunas horas por todo el vecindario. Muchas personas le oyeron hablar, le vieron comer la desabrida sopa, ó mas bien, el pan mojado que tomaba cada 24 horas, abservaron todos sus movimientos, rezaron con él, estuvieron á su lado en el templo, contemplaron su rostro en los momentos en que recibia la Sagrada Comunión y después de esto, haciéndose eco el indicado sacerdote queridísimo amigo nuestro, de la voz general del pueblo, nos dice: «Nada se ha visto y notado en Casimiro que no sea digno de un santo.»

Aquella noche durmió sobre un haz de cañas. Constituido el día siguiente, 22 de Febrero, en la iglesia Parroquial comulgó y después de algunas horas de oración salió á las 9 de la mañana de Albaida acompañado de un numeroso gentío. Ya en las afueras de la villa, como se le presentase á su vista, un pobre y no tuviese nada que darle pidió limosna en una casa inmediata, llevando apresuradamente la moneda de

cinco céntimos que le dieron, al pordiosero y después de entregada de rodillas, se levantó dándole un afectuoso abrazo y un beso de amor que revelaban la heroica caridad que atesoraba aquel gran corazón. Cuando el mendigo volvía del estupor que le había causado esta acción generosísima, gritaba conmovido: «ese hombre es un santo, es un santo.» Pero Casimiro huyendo de elogios se perdía en la carretera.

El mismo día 22 de Febrero en que salió de Albaida Casimiro, estuvo en la importante villa de Muro. Pocos momentos debió estar, pues parece que su visita se redujo á dirigirse al templo parroquial, hacer durante un breve rato oración en las puertas del mismo, porque estaba cerrado, y salirse luego en busca de la carretera. Tan corta, sin embargo, como fué la estancia de Casimiro en Muro, tan aprovechada ha sido. Alguna inteligencia extraviada ó distraída parece debió recibir con la simple vista del peregrino luces tan vivas que ha podido conocer lo que antes no conocía. Por lo que toca á beneficios temporales, todo el vecindario, sin descontar de él las personas de ciencia, cuenta uno prodigiosísimo alcanzado por una señora en trance muy crítico en el que la sabiduría humana la consideraba irremisiblemente perdida y la invocación de Casimiro la ha salvado.

Cuéntase que paseando por la carretera unas señoras de la cercana villa de Muro encontraron á Casimiro, y queriendo darle una limosna le alargaron una peseta, que rehusó con agradecimiento el penitente alegando que no tomaba dinero; y como las caritativas damas insistiendo se la echasen al suelo para obligarle á recogerla, Casimiro la recogió efectivamente; pero besando la moneda se la devolvió á las señoras.

Serian como las tres y media de la tarde cuando llegó Casimiro á las inmediaciones de Concentaina, junto á la cruz de piedra, donde bifurca el camino; á cuyo punto llegaba también entonces la diligencia de Játiva conduciendo dos viajeros de dicha ciudad, que iban en busca del peregrino. Y como le viesen y quisieran bajar del carruaje para acompañarle, no lo permitió Casimiro sinó les obligó á proseguir, diciendo: *andad, andad, que en Concentaina nos veremos.* Partido ya el coche, Casimiro desviándose hácia la izquierda del camino, fué á pedir permiso á una casa cercana de campo, propiedad de D. Francisco Gosalbez, para pasar la noche sobre los escombros de otra casita medio arruinada perteneciente á la misma finca. Fueron inútiles los ruegos que le hicieron los colonos para que pernoctára con ellos, y se retiró á su desmantelado alojamiento, abierto por completo á la intemperie.

Entretanto, llegados á Concentaina los viajeros de Játiva, y dirigiéndose al Convento de los Frailes Franciscanos, donde presumían estaria ya Casimiro, vieron que no había llegado todavía; y acompañados entónces de un Padre del Convento

que le habia hablado ya en Játiva y le estaba también esperando, se dirigieron al punto mencionado, donde le hallaron rodeado ya de curiosos expectadores. El Padre le rogó que les siguiese, y tomando su saquito, sin replicar palabra se encaminó con ellos al Convento. Llegados al claustro, entró Casimiro en la iglesia, de donde le llamó después, para atender á su cuidado, un Lego que se puso al lado suyo desde los primeros instantes, á fin de acompañarle y de servirle. Preguntóle el Lego si queria presentarse á los Superiores de la casa con el fin de que le destinasen celda para su descanso; á lo que contestó Casimiro: *no: que esas cosas las dejo yo al cuidado de la Divina Providencia: según mi costumbre, me habia retirado ya á un lugar pobre para pasar la noche; vino allá un Padre y me trajo aquí: él, pues, se lo arreglará todo.* Y como el Lego le preguntase si estaba disgustado de haber venido á recogerse al Convento, repuso: *¡Oh! no; mas no merezco estar en una región de Angeles.* Al verle tan desabrigoado y descalzo, quiso también el Lego prepararle unas sandalias; pero las rehusó Casimiro, diciendo: *Dios me ha inspirado que le haga guerra al demonio; y como en el mundo reina tanto la vanidad y el orgullo, quiere que me señale mucho en la humildad y en la pobreza.* Mas tarde se le acercó al Lego Casimiro y le dijo tiernamente: *por caridad, hermano, enséñeme á amar á Dios:* y como el hermano se humillase protestando su ruindad, Casimiro, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó: *¡Oh amor de Dios!* Y lo dijo con tal expresión y tan inmóvil quedó, que el religioso temiéndole que se arrojase le mudó la plática.

Poco después de llegado Casimiro al Convento, la campana llamó la Comunidad al via-crucis, que se hace los viernes por el claustro: Casimiro se incorporó con los Religiosos y practicó hasta el fin este devoto ejercicio. Concluido que fué, le rodearon algunos Frailes y entre ellos un Padre que posee el italiano. Con este motivo se espontaneó algo con él Casimiro, aunque con la sobriedad y cordura de palabras que todos le reconocían, y díjole que estaba enfermo; y en prueba de ello le mostró la lengua, que tenia efectivamente muy cargada ó saburrosa. Se trató desde luego de prepararle un alimento proporcionado al estado de su salud; pero lo rehusó, diciendo que solo tomaria la colación que habia dispuesta para la Comunidad; y como se hablase entonces de la celda en que debia recogerse, el mencionado Padre añadió en tono festivo: «nada, Casimiro no nos hace falta aquí; echarle fuera de la portería y que se quede á campo raso:» á lo que replicó Casimiro sonriendo: *entonces se me cumpliría el gozo que anhelaba el Patriarca San Francisco de ser despedido á palos cuando llamase á la portería de algun Convento.* Esto prueba lo penetrado que se hallaba Casimiro del espíritu de San Francisco de Asis, cuya venerable Tercera Orden habia profesado y á quien imitaba

en tanto grado, que algunas personas al verle creyeron ver al mismo Serafín de Asís; corroborando también esta verdad del espíritu de Casimiro lo que declaró al Lego su confidente, á saber; que si la voluntad de Dios no le hubiera destinado al género de vida que llevaba, hubiese entrado Religioso en la primera Orden de alguna familia seráfica. El penitente bajó después al refectorio y tomó su colación con la Comunidad; observando algún religioso, que no le era extraño el estilo que guardan los religiosos en la mesa, especialmente al recoger el cubierto ó doblar la servilleta.

A cotinuación pasó Casimiro á saludar á los Superiores de la casa. Entró en la celda donde se hallaba el Reverendo P. Guardian con otros Padres graves, en cuya presencia se puso de rodillas y les besó las manos: y como ellos le digeran que se levantáse, permaneció de rodillas diciendo: *¡oh reverencia!* mas insistiendo los Padres en que se levantara, lo ejecutó, añadiendo: *¡obediencia!*

Todos los Religiosos quedaron edificados del trato de Casimiro; muchos sintieron á su vista, principalmente en la Iglesia esa especie de sensación eléctrica y espiritual, que su presencia ha producido en todas partes; pero singularmente un religioso, al verle por primera vez haciendo el Via-Crucis sintió tan súbita y extraordinaria emoción, que se quedó trastornado sin saber lo que le pasaba ni lograr serenarse en toda la noche hasta la mañana siguiente. Le vió entonces, acabando de recibir la Sagrada Comunió, en aquella actitud de profunda veneración en que quedaba prosternado, y se le renovó la impresión en términos, que cediendo á una vehemente inclinación, se le acercó respetuosamente rogándole que le encomendase á Dios. El espíritu de este religioso ha pasado por una extraña evolución, cuyas favorables consecuencias está experimentando ahora: ha sido un llamamiento eficaz y suavísimo á mayor grado de perfección, que le ha dejado en el fondo del alma un recuerdo indeleble lleno de dulzura y compunción, y un afecto entrañable y tiernísimo de caridad á Casimiro.

En la madrugada siguiente Casimiro asistió con la Comunidad á la misa de Comunió que celebró el muy Reverendo P. Provincial, de cuyas manos recibió como los demás el Pan de los Angeles, suspirado alimento de su seráfico corazón.

Mucho después de haber comulgado salió Casimiro sin desayunarse del Convento para visitar las parroquias de San Salvador y Santa María y la iglesia de las Monjas Franciscanas de Ntra. Sra. del Milagro. Oyó misas en las parroquias por lo menos; y desde Santa María el señor Cura Arcipreste le obligó á pasar á su casa abadía, donde le ofreció chocolate que tomó Casimiro muy diluido en agua, así como la comida que se le sirvió á medio día, y que sazonó también con este extraño

procedimiento, hijo de su ingeniosa mortificación.

Como manifestó sentir mucho frío, síntoma al parecer de la enfermedad que ya padecía, dispuso el Sr. Cura que se encendiese vigorosamente la chimenea; á la que se arrimó tanto Casimiro, que poniendo los pies descalzos sobre la plancha metálica y casi candente del hogar, los mantuvo allí sin recibir daño alguno.

Por la tarde un sacerdote acompañó al penitente hasta la salida de la carretera para Alcoy, á cuya ciudad se encaminó Casimiro, rehusando una importante limosna que dicho señor le ofrecía.

V.

Llega Casimiro á Alcoy.—Su hospedaje y asistencia á las Cuarenta Horas.

En la tarde de aquel mismo día 23 de Febrero en que partió de Concentaina llegaba Casimiro á Alcoy, importante ciudad fabril que debía ser el teatro de su muerte. Entró en la población por el puente de Cristina, dirigiéndose por las calles de Santa Elena y San Lorenzo á la plaza de San Agustín; mas al pasar por frente á la tienda de la Purísima, propiedad de D. José Valero, este, que por relación de su familia de Játiva se hallaba ya prevenido de la próxima llegada del penitente, le vió por casualidad pasar por la calle y marchó luego en seguimiento suyo.

Cuando le alcanzó ya en la plaza de San Agustín, le preguntó de esta manera: «dígame usted hermano ¿es usted italiano? Contestó afirmativamente y sorprendido Casimiro, que no creía le conociese álguien en Alcoy pero su admiración creció de punto, cuando Valero repuso: «se llama usted Casimiro?» contestó afirmativamente *también*, pero con tanta extrañeza, que tuvo que explicarle el señor Valero el motivo y razón de sus preguntas. Entonces Casimiro dijo á su interlocutor *que quiere usted de mí?* y aquel repuso; «que se venga á mi casa á descansar y tomar algún alimento.» *Está bien*, añadió Casimiro; *pero no puedo ir ahora á casa de usted pues primero es la Iglesia; y le suplico me diga, si esa que tenemos en frente, es la principal.* Y como contestase afirmativamente el señor Valero á su pregunta, tomó la dirección de la parroquia; y observando, al entrar por la sacris-

tía, que Valero le seguía le dijo: *hermano, dóyle á usted las gracias por su ofrecimiento; yo nada tengo, y tengo mucho; nada puedo ofrecerle á usted y puedo ofrecerle mucho; le tendré presente en mis oraciones.* Siguió adelante, penetró en la iglesia, y arrodillado debajo del púlpito principió á rezar el rosario. Mientras esto pasaba, Valero era buscado en todas partes con grande ánsia, hasta que fué hallado en la Parroquia, donde había acompañado á Casimiro. Ya muchos días que la esposa de Valero se encontraba enferma con los dolores del parto, cuya hora se creía llegada cada momento, y siempre se iba retardando, con creciente angustia de la doliente y de toda su familia que vió prolongarse esta aflictiva situación durante tres semanas. Valero, pues, fué llamado á su casa por su señora, que creía hallarse en el trance de la muerte; pero volvió inmediatamente á la iglesia y dijo á Casimiro: «mi esposa se halla gravemente enferma, y suplico á usted que venga á visitarla.» Casimiro se levantó desde luego para seguirle, y cuando llegaron, dió á luz su esposa, con la mayor felicidad, un hermoso niño.

Pero Veámos cómo refiere *La Revista* del 15 de Marzo, la llegada de Casimiro á dicha ciudad. Dice lo siguiente:

«Llegó á esta Ciudad procedente de la inmediata villa de Concentaina el sábado 23 de Febrero sobre las cuatro de la tarde, descalzo, con la cabeza desnuda, vestido con la raída túnica de paño pardo propia de religiosos Franciscanos, á cuya tercera orden pertenecía, cuya túnica era la única prenda que cubría su cuerpo, y cargado con un saco en que llevaba algunos mendrugos de pan, una calavera, y tres pequeños libritos de devoción, uno de los cuales sabemos que era la vida de San Ignacio de Loyola.

Dirigióse á la parroquial iglesia de Santa Maria por la calle de San Lorenzo, en donde fué conocido por primera vez é interrogado por Don José Valero, comerciante de ropas, en cuya casa hizo mansión después y murió.

Terminada su oración en la Parroquia de Santa Maria trató con el señor Valero del sitio donde debía hospedarse, empeñándose el peregrino en que había de ser en un rincón de la cuadra de una de las posadas para dormir sobre la paja, pero habiéndosele hecho observar que esto ofrecía algunos inconvenientes, el señor Director del Santo Hospital, que á la sazón se encontraba presente, le ofreció, ya que su empeño era de permanecer en un sitio humilde, uno de los cuartos del establecimiento de su dirección, que sirven de calabozo, con

una poca de paja, sobre que descansar, oferta que aceptó el penitente con muestras de alegría, si bien no hizo uso de ella, porque habiendo llegado al Hospital acompañado del Sr. Valero después de las nueve de la noche, hora en que estaba cerrada la verja que circuye el edificio, é ignorando la manera de llamar, tuvieron que regresar á la Ciudad, y después de larga resistencia convino el penitente en hospedarse en el desván de la casa del Sr. Valero, aunque previniéndole que habia de ser paja el lecho en que habia de descansar.

Aquella noche cenó una sencilla sopa compuesta de dos panecillos y un poco de aceite, no sin haber derramado un vaso de agua fria sobre ella á tiempo de servírsela, y un gran plato de ensalada, comiendo ambas cosas con extraordinaria avidéz, pues se encontraba sumamente débil por haber pasado mucho tiempo sin tomar alimento.

Al dia siguiente oyó misa y recibió la Sagrada Comunión en la iglesia de San Agustín, en donde le vimos por primera vez, dirigiéndose en seguida á la Parroquial de Santa María, en cuya iglesia daban principio aquel dia las Cuarenta Horas. Allí permaneció arrodillado hasta las siete de la tarde, hora en que habia terminado la Reserva. En el mismo dia y en la propia iglesia desempeñó el oficio de padrino de un hijo del señor Valero; nacido en la noche anterior, á cuyo acto habia sido invitado por el mencionado señor.

Comprendiendo la importancia del oficio de padrino en los bautizados, se consideró en adelante ligado con la familia del Sr. Valero con vínculo espiritual, teniendo al recién nacido como su ahijado, sobre el cual habia adquirido serias obligaciones, según expresó tiernamente antes de morir legándole su túnica, único bien que poseía, para que con el tiempo le sirviese de memoria y prenda de santificación.

En este dia pasó al asilo de las hermanitas de los pobres, en donde se hospedó durante tres dias, tal vez creyendo que su presencia podia ser molesta en la casa del Sr. Valero, regresando al cabo de ellos y á instancias de este señor á su antiguo domicilio, del que ya no volvió á salir, aquejado como se sintió por su grave enfermedad.

El lunes y el martes permaneció de rodillas en la Parroquial de Santa María todo el tiempo que estuvo expuesto el Señor en las Cuarenta Horas, desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche levantándose tan solo de su sitio para pedir la Sagrada Comunión, lo que hizo poniéndose de rodillas con gran reverencia delante del Sacerdote en la sacristía, y para beber una poca de agua, devorado ya sin duda por la calentura que le habia de llevar al sepulcro.

Durante este tiempo, era objeto nuestro peregrino de los más vivos y apasionados comentarios por parte del público, que tenia conocimiento de él aún antes de venir á esta Ciudad,

por los periódicos de Valencia, que se habían ocupado largamente, y referido la emoción y entusiasmo que en todas partes producía su extraño género de vida. Así es que no se hablaba en todas partes de otra cosa que del penitente, refiriéndose mil anécdotas de él, aplaudiendo unos y combatiendo otros su conducta, aunque debemos consignar que la opinión general se le manifiesta favorable, hablándose generalmente de él con sumo respeto y apareciendo los corazones conmovidos por la sencillez y dulzura de trato que manifestaba en medio de la austeridad de su vida.»

VI.

Enfermedad de Casimiro Barello.—Agrávase la enfermedad y se le administra el Sagrado Viático.

Cuando Casimiro llegó á Alcoy estaba ya mortalmente herido por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro. No podía ciertamente prolongarse por mucho tiempo aquella vida de austeridades y sacrificios. Doce y catorce horas diarias, y aún más, arrodillado en la iglesia; un amor á Dios tan encendido, que, haciendo latir su corazón fuertemente, le sumía en mortales deliquios; una caridad tan heroica para con el prógimo que la empeñaba constantemente en cosas difíciles y aún imposibles, estimando en nada su vida con tal de hacer algun bien; pasar las noches á la intemperie en oración y lágrimas; recorrer centenares de leguas desnudos los piés y descubierta la cabeza al través de nieves, lluvias y tempestades: ¿es esto posible sin un milagro?

Dios ha querido hacerlo por espacio de cuatro años para su gloria y para edificación de los pueblos, y cuando al llegar á Alcoy Casimiro ha visto su alma cargada de méritos y digna del premio de los fuertes, ha permitido que la enfermedad rindiera al cuerpo, para que roto el hilo de la vida, entre su espíritu en el descanso eterno.

Véanse ahora las correspondencias que dirigía á *La Lealtad* el médico que le visitaba, D. Antonio Tormo, noticiando el curso de la enfermedad de Casimiro.

«Alcoy 5 de Marzo de 1884.

«Muy señor mio: Tengo el sentimiento de no poder dar una noticia satisfactoria para tranquilizar á todos los católicos de esa que desean saber el estado en que se halla el penitente Casimiro. El catarro pulmonar, que se ha exacerbado á medi-

da que el gastro-intestinal ha disminuido, ha dado lugar á una pulmonia latente cuyos síntomas no se han manifestado hasta hoy. Dios, que ha permitido esta enfermedad, permitió también que el enfermo no tomara las debidas precauciones para evitar los efectos de la causa que debe haberla producido. Efectivamente, el día en que Casimiro llevó en Játiva al Hospital y á la cárcel la abundante limosna de pan y otros objetos que habia recogido, llovía mucho, y á pesar de mojar-se, debiendo tener aumentada la traspiración cutánea, no se quitó su tosco sayal. No sería esta la primera vez que este sayal se habia enjugado á beneficio del calor del penitente; pero quizá este no tuvo presente que esta vez se hallaba algo sudado. Así lo quiso Dios. No es, pues extraño que á pesar de venir de muy cerca el día que entró en esta ciudad, notaron algunos demostraba cansancio y abatimiento; pero Casimiro no solo es un ejemplo de penitencia, lo es también de valor, y ni la intemperie, ni el hambre, ni la enfermedad le arredran. La sensibilidad material está del todo supeditada á la fuerza de su espíritu, que tan encadenadas tiene sus pasiones.

Que esa sensibilidad material no le sirve de obstáculo, lo prueba el que no impidiera asistiera á las Cuarentas Horas, haciendo lo que hemos referido en nuestros anteriores remitidos. A pesar, pues, de lo grave de la enfermedad, inspira confianza la fuerza vital de que ha dotado Dios á nuestro querido Casimiro.

Se halla tan sometido á los que le asisten, que más bien que un enfermo que siente, parece un objeto que se pueda manejar como se quiera.

Todos desean verle, pero respetan la prohibición de que se le visite.»

(*La Lealtad del 8 de Marzo.*)

«Señor Director.

Alcoy 8 de Marzo de 1884.

«Muy señor mio: La complicada enfermedad de Casimiro Barelo se ha agravado mucho. No le di ayer noticias de su estado porque siendo hoy el día catorce de su enfermedad, esperaba ver si podia una crisis favorable mejorar aquella, pero la agravación se ha estacionado. Suspendo, pues el aventurar ningun pronóstico y solo digo, con los otros dos profesores que visitan á este enfermo, que la enfermedad es muy grave, pues hace cuatro días que principió á dar síntomas la calentura tifoidea, que á pesar de coincidir con la mejora de las afecciones que indiqué, ha aumentado la gravedad.

Ayer se convino en administrarle el Santo Viático con la solemnidad á que debía dar lugar el manifestarlo á algunos para que lo publicaran. A las siete y cuarto de la noche anunció la campana la salida del Señor para visitar al virtuoso

Casimiro. ¡Qué escena tan imponente y conmovedora! La prontitud con que se llenaron de gente la plaza y la ancha calle donde está la casa en que se encuentra el enfermo, solo puede compararse á la rapidez con que la misma gente desierta de las calles cuando igual campana anuncia el comienzo de la revolución. El ejemplo de un penitente como Casimiro conmueve tan dulcemente los corazones, como los llena de amargura un ejemplo de la revolución.

La enfermedad de Casimiro en Alcoy parece algo mas que una casualidad. Esto dijo ayer una persona ocupada en serias reflexiones.

Esribo de prisa por no perder correo.

Además de esas noticias que directamente nos comunica el digno facultativo que asiste á Casimiro, en *El Serpis* del sábado leemos lo siguiente:

«Anoche fué viaticado el penitente que tanto ha llamado la atención en Valencia, Játiva y Albaida y que desde poco después de su llegada á esta ciudad cayó enfermo de cuidado.

El acto fué lucidísimo, llenando el acompañamiento todo el espacio que media entre la parroquia de Santa Maria y la casa del comerciante de ropas D. José Valero, donde se hospeda el enfermo y es objeto de los más afectuosos cuidados. La orquesta de la música Novísima amenizó el acto.»

VII.

Muerte de Casimiro y traslación de su cadáver á la capilla de San Jorge.—Entierro y pública exposición del mismo en el Campo Santo.

Agravándose la enfermedad de Casimiro por momentos, ya el sábado 8 de Marzo habian perdido los médicos toda esperanza de salvarle y el domingo desde las primeras horas se daba por segura la muerte. Ni por un momento faltaron al lado de Casimiro, durante el último dia, sacerdotes y fervorosos caballeros, que iban inspirándole algun santo pensamiento propio de aquellas horas, para él, tan solemnes. Postrado como estaba Barelo por la calentura y la debilidad, pocas palabras pudo pronunciar pero oía y sentia perfectamente y así lo daba á conocer con sus expresivas miradas.

Uno de los médicos que le asistian concibió un hermoso pensamiento, que debió infundir alientos poderosos en el espíritu del penitente, expresándose con estas palabras; Hermano Casimiro, me voy convenciendo de que Dios tiene dispuesto que muera usted en Alcoy. Este pueblo engañado y seducido por la revolución, cometió muchos y grandes pecados, precisamente en esa plaza y en esta ancha calle que se llenó de gentes la noche en que se le administró á usted el Santo

Viático; pero en medio de tantos excesos, no se profanó ningún templo y fueron respetados los sacerdotes. Dios tal vez habrá tomado esto en consideración, pero para aplacar su ira necesita una víctima expiatoria.—Hermano Casimiro, ¿se ofrece usted á ser esa víctima que Dios pide.—No podía ya hablar Casimiro, pero con la expresión del semblante manifestó claramente que estaba dispuesto para el sacrificio, si Dios le aceptaba.

¡ Que no lo olviden los hijos de Alcoy !

Poco después un sacerdote, acompañado de algunos fervorosos católicos, le leía la recomendación del alma y le repetía algunas jaculatorias que manifestó oír con gusto de su alma; el mismo sacerdote, como Comisario de la Tercera Orden de Ntra. Sra. del Carmen de Alcoy, le vistió el santo escapulario, recibiéndole como Hermano tercero. (2)

Una escena tiernísima sobre toda ponderación tuvimos ocasión de presenciar en aquellos momentos. La señora de Valero subió con su hijo recién nacido á la estancia donde estaba el moribundo Casimiro y dirigiéndose apresuradamente hácia él, dejó por unos momentos al niño ahijado del penitente acostado á su lado, tomó luego su mano ya sin acción y la puso sobre la cabeza de la afortunada criatura. Ante tales demostraciones de fe y de amoroso respeto á Casimiro, ninguno hubo que no se sintiese fuertemente conmovido; todos lloramos como lloró la señora de Valero, que, no pudiendo ya dominar su viva emoción, besó la mano de Casimiro y con su hijito bajóse á su estancia.

Debemos advertir, en prueba de la mortificación admirable de Casimiro, que murió con el tosco Hábito que llevó durante su vida, sin haber admitido ni camisa, ni ninguna pieza interior de hilo ó algodón durante su enfermedad.

De una carta dirigida por un respetable amigo nuestro á un periódico entresacamos el siguiente párrafo, referente á la agonía de Casimiro:

He presenciado el estertor de la agonía de Casimiro y le he recogido su postrimer aliento y aseguro que jamás en mi vida he visto un moribundo, y he visto muchos, que en aquella hora suprema ofreciere una fisonomía tan hermosa y agena al destructor imperio de la muerte como la de Casimiro. En su semblante se reflejaba ciertamente el sufrimiento, pero sufrimiento tranquilo, señoreado por una dulce conformidad

(2) Un incidente extraño que sorprendió agradablemente á una porción de personas, queremos notar aquí. Inscrito Casimiro en el libro de la Tercera Orden del Carmen de Alcoy, como Hermano tercero de la misma, fué incluido en el sorteo de escapularios que tuvo lugar el mismo día, Domingo 2.º de mes, después del ejercicio vespertino. Pues bien; el primer nombre que se dejó oír fué el de Casimiro Barelo, con la circunstancia notable de ocurrir todo esto á las cuatro y media, momento preciso en que fallecía el siervo de Dios. ¡ Honor sea dado á la Reina del Carmelo!

con la voluntad de Dios, que parecía irradiar sobre sus bellas facciones, sonrosadas ligeramente por la calentura, un fulgor misterioso y celestial. Iba ya á morir; sus ojos ya no se abrian y se esperaba de un momento á otro que exhalase su último suspiro; cuando de pronto abre sus párpados, levanta su vista al cielo con una mirada llena de dulce animación, la mantiene fija en actitud de arrobamiento por espacio de un minuto, y vuelve á cerrar los ojos, veladas ya sus pupilas con la sombra de la muerte; algunos momentos después espiró. «¿Ha visto los cielos abiertos y á su amado Jesús llamándole á recibir la corona de la gloria?»

Fué, pues, la muerte de Casimiro preciosa como la de los santos. Tal fué su vida; tal debía ser su muerte.

Pocas horas después, se constituyó en la misma casa mortuoria una Junta compuesta de individuos del Clero y de todas las clases de la sociedad, para organizar los funerales y atender á cuanto pudiese ocurrir por el momento; Junta que, después de haber atendido con celo y acierto á su inmediato objeto, se ocupa en arbitrar recursos para levantar, en su día, un panteón á Casimiro Barello.

Por la noche á las once, en vista de la ansiedad pública por ver el cadáver, fué este trasladado en una caja con la cubierta de cristales á la iglesia de San Jorge; en donde permaneció hasta el martes siguiente, en que se verificó el entierro.

Vióse dicha iglesia invadida durante este tiempo por un público numeroso que se atropellaba por ver el cadáver, habiendo habido necesidad de colocarse desde las primeras horas algunos guardas municipales para evitar conflictos.

Para demostrar la conmoción en que el penitente puso á estos pueblos, sin él buscarlo, pues parecía huir de todo lo que fuera alarde de vanidad, basta decir, que las posadas y hospederías todas de la ciudad, no podían contener el sinnúmero de forasteros que de Játiva, Albaida, Concentaina, y aún de Valencia venian para asistir á su entierro.

Este tuvo lugar el Martes once, á las nueve de la mañana. He aquí los términos con que lo describe un periódico de la Ciudad:

Mucho antes de la hora del entierro, reinaba extraordinaria conmoción en toda la ciudad y especialmente en las calles por donde había de transitar el entierro, reinando en la plaza de San Jorge y calles adyacentes estrepitosa confusión. El acompañamiento se componia en primer lugar de los asilados de las Hermanitas de los Pobres y Casa de Beneficencia, seguía la orquesta de la música Novísima ejecutando los cánticos de costumbre en los entierros, seguían los religiosos franciscanos de Concentaina, varios sacerdotes de la misma Villa, los sacerdotes asistentes á la iglesia de San Agustín, los Cleros de San Mauro y San Francisco, y de Santa Maria, con dos

señores Curas Párrocos de Játiva, siendo llevado á continuación el feretro por religiosos legos de dicho convento, cerrando la comitiva los asistentes al duelo, que iban presididos por D. José Valero, un señor de Valencia que habia hospedado al peregrino en su casa y otro que hizo lo propio durante su permanencia en Játiva.

Llegada la procesión á Santa María por las calles de San Blas y Mayor, y cantadas las preces de rúbrica se continuó la marcha hasta el cementerio guardando el mismo orden y á los acordes de la orquesta que cantaba el *Benedictus* alternando con el Clero. El aspecto que presentaba la plaza de San Agustín y calle de San Nicolás, no podia ser más imponente. Un concurso numerosísimo presenciaba el desfile guardando respetuoso silencio y manifestándose vivamente impresionado por la solemnidad del acto; los balcones del tránsito aparecían atestados de gente, ofreciendo este conjunto de cosas un golpe de vista grandioso y deslumbrador, que no podia menos de conmover los corazones y de hacer derramar lágrimas de ternura.

Hubiérase dicho, escribe ante este imponente espectáculo un respetable amigo, que el Dios de la Eucaristía de quien fué adorador heróico el ejemplar Casimiro, despojándose de sus propios honores, queria honrar con ellos á su fidelísimo siervo; porque aquello mas bien que entierro era la procesión solemnisima del Corpus atravesando el inmenso gentío que la presencia en Valencia ó en Sevilla. El corazón ébrio de emoción en presencia de tal espectáculo, y presa á la vez de encontrados sentimientos, no sabia á cual dar la preferencia, si al pesar por la muerte de Casimiro, ó al gozo por esta su glorificación en la tierra, y los labios, vacilantes, no sabían si ofrecerle un sufragio ó elevarle una plegaria.

¿Qué príncipe ó potentado de la tierra hubiera atraído á su entierro en Alcoy la prodigiosa muchedumbre que reunió el mendigo Casimiro? ¡Qué espectáculo en pleno siglo diez y nueve, idólatra del dinero, del goce y del egoísmo, él de la ovación de Alcoy al martir de la pobreza, de la penitencia y de la caridad!

Terminada la fúnebre ceremonia en el cementerio regresaron los cleros, religiosos y el inmenso acompañamiento á la iglesia parroquial de Santa María; el altar mayor estaba severamente decorado y en el centro del crucero se levantaba un magestuoso catafalco. Se cantó á grande orquesta la inspirada misa de nuestro paisano Jordá, cuyas sublimes notas, especialmente en algunas estrofas del *Dies iræ*, resonando en las bóvedas del grandioso templo, trasportaban al recogido auditorio que llenaba sus naves á las mansiones de la gloria á contemplar el alma del dichoso Casimiro.

VIII.

Exposición del cadáver de Casimiro en el campo santo.—Inhumación del mismo.—Oficios fúnebres.

Viniendo ahora á decir algo referente á la exposición del cadáver de Casimiro en el campo santo, debemos consignar que estuvo en este sitio desde el martes en que fué llevado con tanta pompa y solemnidad, hasta el viernes á las once de la noche en que se le dió sepultura.

Cuantos tuvieron la dicha de ver el cadáver, pudieron observar, que su rostro conservaba las bellas y expresivas facciones de cuando vivía; nada de rigidez en sus miembros sinó una pasmosa flexibilidad; ningun hedor despedía aquel cuerpo virginal, aún en los momentos en que iba á dársele sepultura; podemos asegurarlo porque fuimos testigos oculares de lo que estamos narrando. El sub-inspector de medicina daba por mañana y tarde partes siempre satisfactorios del estado del cadáver, que todo era necesario para calmar la ansiedad que se apoderó de ciertas gentes, durante aquellos dias, por la salud pública.

Entre tanto la afluencia de forasteros para ver al peregrino era inmensa verdaderamente incalculable; Alcoy presentaba una animación inusitada; no solamente de los pueblos comarcanos, sinó de Játiva, de toda la Ribera y de Valencia, vinieron muchas personas, no pocas, entre ellas, distinguidas por su posición ó su saber, ávidas de contemplar el venerando cuerpo. Fué aquello una peregrinación general y no interrumpida, pero con sentimientos de fe y de piedad los más vivos. Y bien puede asegurarse que este grandioso movimiento se hubiera hecho aún más general, extendiéndose á toda España, si la inhumación se hubiera retardado algunos dias.

¡Cosa bien extraña! Un cadáver que es siempre objeto de horror y de repulsión aun siendo de una persona querida, no infundía, sin embargo, en el de Casimiro sino los más dulces afectos de veneración y simpatía. Asi es, escribe un correspondal, que personas de toda edad y sexo, aún las mas delicadas, se inclinaban respetuosas ante el cadáver de Casimiro rindiéndole los mas tiernos y amorosos homenajes.

Eran las once menos cuarto, cuando después de las operaciones de colocar el cadáver de Casimiro en una caja de plomo y soldarla y de meter ésta en un rico ataúd, se le dió sepultura provisionalmente en un nicho, hasta que esté construido el panteón en proyecto.

D. Francisco de Paula Monblanc y Gosalbez, notario, levantó acta de la inhumación á requerimiento de la Junta or-

ganizadora de los funerales de Casimiro, asistiendo como testigos, los individuos de la misma, representantes del Municipio, Clero y algunos profesores de medicina con el sub-delegado de la facultad.

Casimiro Barello, pues, ha pasado á los dominios de la historia; su edificante figura ha desaparecido ya de entre nosotros, pero su espíritu sigue subyugando los corazones, su dulce recuerdo se impone á todas las almas con una fuerza avasalladora, ocupando todos los pensamientos y conversaciones. En todas partes se habla del penitente con interés, y cuanto á él se refiere despierta el mas general entusiasmo.

Veáse una prueba de ello.

La Comunidad de religiosas agustinas descalzas del santo Sepulcro y su vicario celebraron una misa de requiem, el 21 de Marzo, en sufragio del alma de Casimiro, y el templo, que es muy capaz, vióse lleno hasta sus puertas por la numerosa concurrencia que asistió al acto.

Otra misa de requiem muy solemne se celebró en la Parroquia de Santa María, el 24 del propio mes, con la asistencia de los cleros de la Ciudad y Comunidad de religiosos franciscanos de Conventina, llenando la vasta nave del templo un concurso devoto.

Concluimos consignando que el ilustrado arquitecto de esta Ciudad D. José Moltó ha presentado á la Junta un plano del panteón en proyecto, tan acabado por su estilo y forma, como por las condiciones particulares del mismo, que ha llenado los deseos de todos.

IX.

Coincidencias admirables acaecidas en la estancia de muerte de Casimiro en Alcoy.—Santa Teresa de Jesús y Casimiro Barello.

Una série interesante de encantadoras analogías y de coincidencias admirables ofrecen los últimos dias y momentos de Casimiro, que bien merecen notarse.

He aquí las que ha podido señalar una persona respetable, tan distinguida por su ilustración como por su piedad.

Llega á Alcoy, pueblo devotísimo, desde antiguo, del Santísimo Sacramento de Altar y de la Purísima Concepción, el admirable Casimiro, heróico adorador de la divina Eucaristía y fervoroso peregrino de la Concepción Inmaculada, después de haber visitado los celebrísimos santuarios de la Saleta, Lourdes, Pilar de Zaragoza y Monserrat, y nótese las circunstancias de tiempo en que llega Casimiro á Alcoy; llega precisamente en sábado, día de la semana consagrado á la Concepción Purísima de María y la víspera de Quincuagésima, esto

es, la víspera de la Exposición mas universal, solemne y reparadora del Santísimo Sacramento que hace la Iglesia Católica, cual es la de los días de Carnaval.

Y ahora llamamos la atención de cuantos nos lean, sobre la admirable analogía que vamos á notar.

A fines del siglo XII, en una tienda de comercio de la Ciudad de Asis, la señora de la casa, llegado el término de su embarazo siente los dolores del parto durante muchos dias, sin poder lograr el desenlace final; se presenta en esto un peregrino á la puerta de la casa, indica un remedio, se emplea, y la señora da á luz con toda felicidad un niño. El peregrino apadrina al niño en la pila del bautismo y desaparece como por encanto; díjose que era un ángel: el niño fué.....San Francisco de Asis.

A fines del siglo XIX, coincidiendo hasta en la misma década del siglo, en una tienda de comercio de Alcoy la señora de la casa se halla en la misma aflictiva situación que la Señora de Asis, se presenta un peregrino, ora por la doliente y alumbra esta con toda felicidad un hermoso niño; le apadrina en la fuente del bautismo.....y desaparece. Díjose tambien que era un ángel, y debió de serlo, porque era bueno, hermoso y subióse al cielo; y debió de serlo, porque al imponer á su ahijado en la pila del bautismo su propio nombre le llamó Angel Casimiro.

El peregrino fué Casimiro Barelo, el niño es hijo de don José Valero. Hay que añadir que el nombre de Angel que se le impuso al niño, era el escogido por su madre, antes que conociese á Casimiro, cuyo único hermano se llama tambien Angel.

—Nótese la semejanza de los apellidos Valero, dueño de la casa y Barelo su huésped peregrino; la cual semejanza es tan grande, que tienen las mismas letras, si se atiende á la pronunciación italiana de la *ll*, que suena como la *l*; y en cuanto á la diferencia de la *B* y de la *V* ya se sabe, que apenas se distinguen en la pronunciacion.

—Agradecido Barelo á la generosa hospitalidad de Valero quiere significar su reconocimiento, regalando á la madre y al niño las únicas joyas que poseía y que eran una pequeña imagen de la Virgen del Pilar de Zaragoza para su Señora, que precisamente se llama D.^a Pilar; y una preciosa medalla de la Purísima Concepción para el niño que es el hijo y heredero de la tienda de la Purísima.

—Queda explicada en el título VI la notable coincidencia de la suerte del Escapulario de Nuestra Señora del Carmen, con que salió favorecido Casimiro en el mismo dia de su investidura y en el momento preciso de su muerte.

—Asiste al hermano tercero de San Francisco un Padre Religioso de la misma Orden.

—Casimiro muere durante la octava de su Santo y en domingo, como si hasta en el morir, quisiera recomendar á Alcoy la observancia y el descanso del domingo.

Santa Teresa de Jesús y Casimiro Barelo.

Entre los santos que merecieron al peregrino italiano una devoción particularísima se cuenta la seráfica Doctora Española Santa Teresa de Jesús. Suma complacencia tenemos en consignarlo, por tratarse de una santa tan amada de los alcoyanos y de un modo especial de las jóvenes católicas que se llaman sus Hijas. Al admirar el amor vivísimo que sentía Casimiro á Jesús Sacramentado y la devoción tiernísima que profesaba á la Virgen, entendimos que debía conocer y amar mucho á la santa Española tan encendida en el amor de los mismos objetos. Y no nos equivocamos. Hemos tenido ocasión de ver entre los libritos de Casimiro unas hojitas con oraciones á Santa Teresa de Jesús y algunas máximas de la misma, que debía leer con alguna frecuencia, pues las hemos visto muy usadas.

Unido Casimiro á Teresa en su amor á Dios en la tierra, lo estará mas íntimamente en el cielo. ¡Feliz tu, Casimiro, que habrás visto ya aquella grande alma, tan amada de Dios y de los hombres. Alcánzanos el que, como tu, podamos verla y ser sus conciudadanos en esa patria feliz y juntos todos engrandecer el poder y las misericordias de Dios.

X.

Espíritu de Casimiro Barelo.

Si Casimiro Barelo es admirable en su vida de oración y de mortificación, lo era también en su trato particular. No buscaba la conversación, pero tampoco la rehusaba, siempre que veía en ella un medio de atraer almas hácia Dios, hasta el punto de que personas prevenidas en contra de todo lo religioso, con un solo rato de oírle, han sentido vivas simpatías hácia su persona y un elevado concepto de su virtud. No puede representarse en un escrito el tono cariñoso de su voz melodiosa, la viva expresión de su dulcísimo semblante, sus palabras impregnadas de la mas exquisita prudencia, sus delicadas maneras, su sencillez encantadora, y todas aquellas circunstancias con que atría á sí á los que le miraban u oían para hacerles participantes de sus altísimos sentimientos;

pero el extracto de algunos de los diálogos con él sostenidos por diversas personas, contribuirá á conocer el elevado espíritu de que estaba animada su grande alma que, puesta siempre en presencia de Dios, se alimentaba sólo de verdad y de caridad.

Veáanse, pues, los siguientes diálogos llenos de sabiduría y gracia, y cuya veracidad es indudable:

—Dicen algunas personas que estará usted loco por esa vida tan extravagante que lleva.

—Puede ser; pero no estaré mucho, pues no hago cosas que perjudican á los demás como suelen hacer los locos. Algun poco si que estaré, pero no del todo. Y si faltare en aparecer como loco, yo diría: Señor, Vos me habeis enseñado á hacer el loco, pues Vos hicisteis locuras por mí y como á tal fuistes tenido en el mundo.

—Amais á Dios?

—Deseo amarle. No le amo.

—Cómo estais tanto tiempo sin fastidiaros delante de Dios? le veis acaso?

—No, le veo solo en la mente, y nada mas; ni tampoco quiero otra cosa. Si le viera como los bienaventurados, como soy un pobre pecador y tan lejos de la perfección de los bienaventurados, estaria en su presencia confuso, avergonzado, sin atreverme á proferir palabra. Pero como le veo oculto, humillado, que se deja llevar á todas partes, le hablo de tú, nada me embaraza el tratar con mi Señor y asi me gusta mas.

—Y vuestros padres os han permitido este género de vida?

—Mientras ellos han vivido no he podido llevarla porque no me lo permitieron, y aún muchos confesores tampoco, pero hubo uno que me lo permitió, y entonces la emprendí. He sido muy malo. Dios me ha llamado muchas veces á su servicio y amor, pero yo, ingrato, me olvidaba de Él y me iba con el mundo; pero, gracias á Dios, le conocí mejor y á los quince años me convertí. Ahora estoy mejor.

—Vos tendreis grande mérito delante de Dios y grande recompensa.

—No, todos serémos iguales; porque Dios es como un amo que tiene muchos criados; á uno dice: tú cava la tierra; al otro, tú me harás casa; á este, tú la comida, y al de más allá tu procurarás el aposento para el sueño; y como todos le han servido en lo que les ha mandado, todos tendrán la misma paga. A mi me ha dado este destino; y yo muy contento, muy contento.

—A dónde os dirigís?

—A donde el Señor me inspire. A buscar pecadores que no aman á Dios, para orar por ellos y ver si consigo moverles hácia Dios. Dios ama á los malos, yo no se hablar para moverles, soy muy bruto, muy bestia, se escribir muy poco, ya que no puedo otra cosa, quiero dar á Dios el servicio de mi cuerpo, y el Señor que recompensa hasta un suspiro por su amor y un paso por su servicio, podrá recompensar lo poco que yo hago para que los pecadores le conozcan y le amen.

A una ciegucecita decia:—No se aflija usted por no ver: pues lo que mas vemos con los ojos materiales, es el mundo, y éste nos engaña, y nos hace perder el cielo; usted como no ve el mundo, no será engañada por él, y así no perderá el cielo.

Habiendo pedido permiso para marcharse de la casa de un sacerdote donde habia comido, le dijo éste que no convenia, pues estaba lloviendo, y contestó: Yo he servido tres años á un rey de la tierra que solo paga mientras se le sirve, y cuando era hora de partir, partíamos aunque el tiempo fuese malo. Ahora que sirvo al Rey del cielo, que paga tan bien nuestros pequeños servicios, justo es que le sirva con mas prontitud y á pesar de las dificultades.

Después de la visita que hizo á las cárceles y asilos de caridad de Játiva, repartiendo la limosna, que á este fin habia recogido á las puertas de la Parroquia de San Pedro, se fué á la iglesia de los S. S. Juanes, donde estuvo una hora de

rodillas, llorando mucho; preguntado por la causa de tantas lágrimas, decía suspirando: he pedido solo la limosna material que el Señor me dió con abundancia, pero no he pedido la limosna espiritual que es mas necesaria.

¡Qué conciencia tan delicada y tan sensible á lo que no fuera de la mas alta perfección!

A unas religiosas que se recomendaban á sus oraciones para ser aliviadas en las dolencias que padecian y que muchas veces les impedian cumplir en los actos de Comunidad, respondió: Es propio de las esposas participar de los gustos y deseos del esposo, y como Jesucristo esposo de ustedes iba siempre buscando trabajos y fatigas, no deben ustedes pedirle que se los quite; sino que les dé más, para mejor imitarle.

En la villa de Alberique estuvo á la puerta de la Iglesia llamando la atención de las máscaras; y preguntando porque obraba así, dijo: Aquellos hacian el loco por el mundo ofendiendo á Dios, y yo quise hacer el loco por Dios y para que llamándoles la atención se ocupasen en mi y no en hacer cosas malas y yo muy contento, de que por este modo no ofendiesen á Dios.

A dos reos condenados á pena capital dijo: Hermanos míos: Nuestro Señor Jesucristo era el mas amado del Padre Celestial, y no obstante permitió que siendo inocente fuese condenado al patíbulo entre malhechores. Ah! los santos han deseado imitar á este Dios que muere inocente, y su mayor alegría era morir como El en el patíbulo. Es la mejor dicha para el cristiano. Si sois culpables y pagais el delito aquí, no tendreis que pagarlo en la otra vida, y allá es mas terrible la pena. Por tanto no esteis tristes por vuestra suerte.

Esto dicho con la unción propia de tal justo, conmovió vivamente á los dos presos, que aún hablan de él con respeto.

Preguntado en Játiva por que no habia admitido dinero para la limosna de los presos, dijo: Porque el mundo está creído que el dinero lo es todo, el cual está aquí reconocido como una especie de Dios; y así el Señor ha hecho ver que

sin dinero se tiene pan, carne, ropa, y hasta tortas con azúcar; ya lo han visto, no se ha necesitado el dinero y, queriéndolo Dios, se ha reunido todo á pesar del mal tiempo.

Estando en el hospital de Játiva una señora le rogó que pidiese al Señor hiciera bueno á su hijo único de corta edad y él contestó: Señora lo que hemos de pedir es que no pierda la inocencia que tiene, ¿que bueno ya es más que nosotros, pues conserva la gracia del Santo Bautismo.

Una persona respetable con el solo fin de sondear el gran espíritu de Casimiro, le hacia esta observación: ¿Usted no daría mas gloria á Dios trabajando? ¿no se le ocurre á usted que pudiéndose ganar el pan con el sudor de su frente, no haciéndolo, se lo quita á los pobres que no pueden proporcionárselo?—Si, es verdad; asi lo siento yo; por ello me dedico yo, desde que llevo esta vida de peregrinación, á trabajar tres meses cada año, repartiendo lo que gano entre los pobres, con lo que, no pierdo el hábito del trabajo y me aseguro de que el pan que como no lo quito á nadie.»

¡Qué delicadeza de conciencia! (Los últimos tres meses que trabajó en fuerza de este propósito, lo hizo en el Puerto de Cafrang.)

Preguntando á Casimiro porque teniendo fuerzas y voluntad para practicar tantas austeridades y penitencias no buscaba un desierto para vivir allí como los antiguos solitarios, respondia: «Hoy se ofende á Dios publicamente y publicamente se arrastra á las almas á la condenación y publicamente debo honrar y glorificar á Dios y edificar á los prógimos con mis ejemplos. No hacerlo asi seria grande cobardía.»

¡Qué conocimiento tan perfecto de su vocación y del gran deber del cristiano en los tiempos presentes!

Conclusión.

Dios ha hecho sentir en todos los tiempos, á Alcoy grandes beneficios; sobre todos, el de una fe vivísima y una piedad acendrada, que no han bastado á apagar en lo más mínimo los errores y la corrupción de los tiempos.

La Aparición de San Jorge, en el siglo 13; el Hallazgo milagroso de Jesús Sacramentado, en el 16 y el portentosísimo acontecimiento de la Fuente Roja en el 17, dan á conocer que si Alcoy ha sido fiel á su Dios, Dios ha mirado á Alcoy constantemente, y hoy mas que nunca, con ojos de infinita misericordia. Como prueba de esta consoladora afirmación presentamos la muerte en esta Ciudad del gran Casimiro. (3)

Alcoy debe por ello acciones de gracias muy cumplidas á Dios, y á Casimiro un monumento que le erigirá en breve y que será un hermoso lazo que unirá los de San Jorge, Santo Sepulcro y Fuente Roja. En su frontispicio deberá ponerse la siguiente inscripción:

AL ADORADOR DE LA DIVINA EUCARISTÍA
AL FERVOROSO PEREGRINO DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA
AL VISITADOR DEL PUEBLO DE SAN JORGE
EN TRIBUTO DE ETERNA ADMIRACIÓN:
LA CIUDAD DE ALCOY AGRADECIDA.

CASIMIRO BARELLO.

SONETO.

Le ví pasar, envuelto en nube de oro,
Dejando en pos de sí fragante esencia,
Llena el alma de mística inocencia,
Cual de ángel que formó en celeste coro.
Le ví pasar, ¡y á su recuerdo aún lloro!
Vestido con sayal de penitencia,
Aunque humilde mendigo en la apariencia,
Llevando de virtud un gran tesoro.
Angel más bien que hombre, voló al cielo
En alas de su ardiente amor divino,
Dejando alegre el miserable suelo.
¡Mundo, que contemplaste al Peregrino!
¿No viste en sus virtudes y en su anhelo
Algo que te reprende de continuo?

JOSÉ GUZMAN.

(De *El Cronista del Clero.*)

(3) Otra prueba podríamos presentar de los designios amorosos de Dios sobre Alcoy en los días presentes. Nos referimos á la resolución tomada por el Pastor protestante don Jorge Benoiel, establecido en esta Ciudad desde hace diez años, de entrar con sus dos hijos Samuel y Sara en el gremio de la Iglesia Católica; determinación que ha llenado de júbilo á los buenos y que hace augurar óptimos resultados para la causa católica en Alcoy. El expastor D. Ramón Bon que consagró á Benoiel y que conoce perfectamente sus condiciones personales, asegura en un comunicado dirigido al periódico *El Vasco*, «que la conversión de Benoiel es todo un acontecimiento.»

Apéndice.

A continuación damos la traducción del pasaparte que llevaba Casimiro, firmado por el alcalde de Cavagnolo en 7 de Marzo del pasado año.

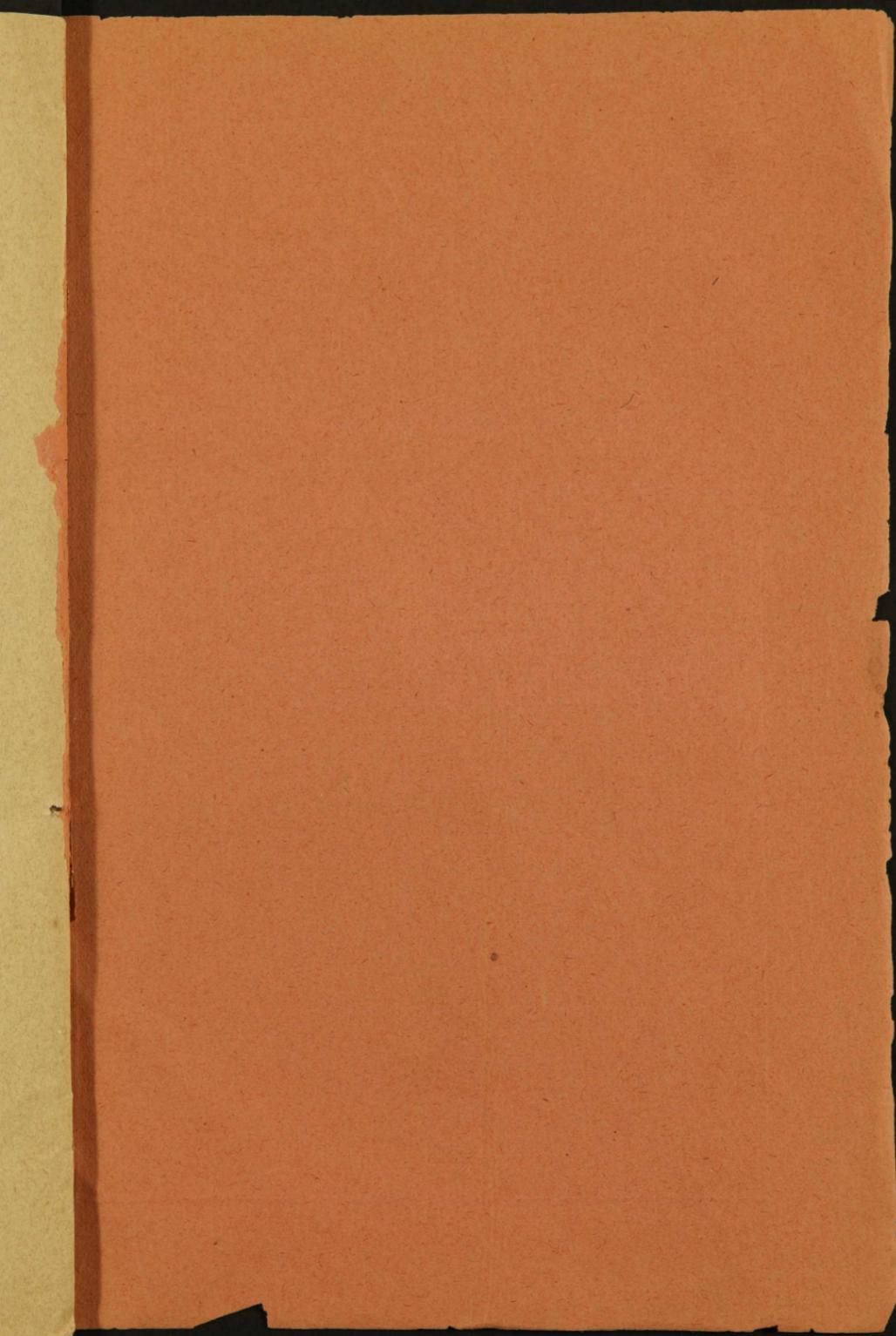
«*Municipalidad de Cavagnolo.—Distrito de Turin.*—Núm. 9.—Edad 27 años. Estatura, metros 1-72. Pelo castaño. Cejas id. Ojos id. Frente despejada. Nariz aguileña. Boca regular. Barba redonda.—*Certificación de buena conducta.*—El abajo firmado Alcalde de Cavagnolo, tanto por informes tomados como por conocimiento personal. Declaro y certifico: Que Casimiro Barello, hijo del ya difunto José, labrador, nacido y domiciliado en Cavagnolo, es persona proba y de bien, cuya conducta no dió nunca lugar á quejas de ninguna clase. Concedido el presente sobre conocimiento personal. Valadero por doce meses.—Cavagnolo á siete de Marzo del año mil ochocientos ochenta y tres.—El Alcalde, *Squillero.*»

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

Al terminarse este opúsculo recibimos una atenta carta de D. Amione Francisco Arcipreste de Cavagnolo, pueblo natal de Casimiro, dándonos algunas noticias del mismo que no podemos consignar ya en esta edición. Lo sentimos.

Con el fin de que estas páginas lleguen al público cuanto antes, hemos precipitado su impresión retirando algunos artículos interesantes por las noticias que contenian: entre ellos: Casimiro y la santificación de los dias de fiesta.—Milagros de Casimiro.—Comisión dada por el Sr. Arzobispo de la diócesis, para depurar la verdad de los hechos extraordinarios que se atribuyen á la virtud de Casimiro. Cuando hagamos con más tiempo la otra edición lo consignaremos todo.

Debemos una explicación sobre el grabado que vá al frente de este folleto. Cuando Casimiro llegó á Alcoy manifestó al Sr. Valero sentir un frio insoportable, efecto sin duda, de la enfermedad que le llevó al sepulcro; por lo que el Sr. Valero le dió por abrigo una manta con la cual se presentó cubierto á todas horas en la iglesia como en las calles.



Puntos en los que se halla de venta este opúsculo:

- En Alcoy: D. Francisco Compañy.
,, D. José Valero, tienda de la Purísima, donde falleció Casimiro Barelo.
- En Valencia: Litografía de la Sra. Viuda de Martí, c. San Fernando.
,, D. Eduardo Miralles, c. San Vicente.
,, D. José Martí, Librería, c. Zaragoza.
- En Játiva: D. Miguel Fuster, calle Almodín.
- En Barcelona: D. Miguel Casals, calle del Pino, 5.
- En Madrid. Sra. Viuda de Aguado, Pontejos 8.